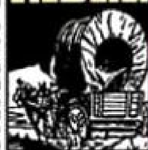
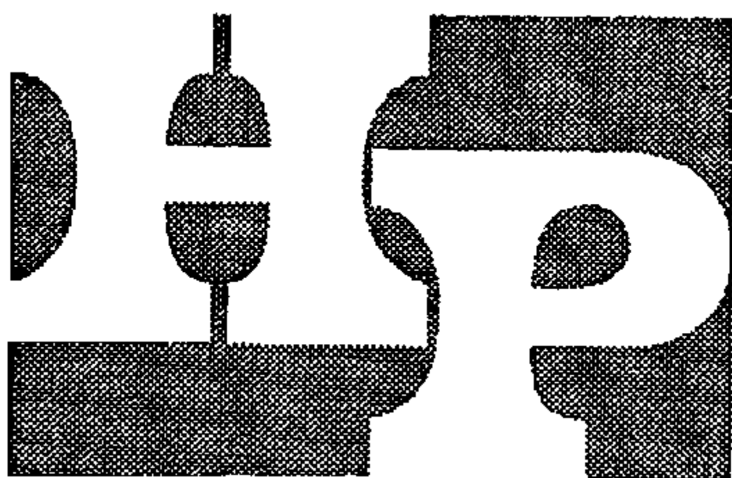
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UN FORASTERO EN APUROS





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UN FORASTERO EN APUROS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 368
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 46682-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Cuatro hombres estaban sentados en un banco cerca de la puerta del *saloon* Gibbons, en Jasper City.

Estaban adormilados porque eran las primeras horas de la tarde.

De pronto se oyó el ruido de una cabalgada.

Uno de los cuatro individuos levanto la vista y para ello tuvo que alzarse el ala del sombrero. Miro al jinete que se acercaba y toco con el codo al hombre que estaba a su izquierda.

—Eh, Max, despierta.

—¿Qué pasa? ¿Es Sally, la pelirroja?

—No, es algo mejor.

—¿Jean, la rubia platino?

—No das una en el clavo, Max. Es mejor que todo eso. Un forastero.

El llamado Max levanto también la cara y miro al jinete. Se mojo los labios con la lengua.

—Y es jovencito, Peter… Eh, muchachos, despertad.

Los otros dos hombres se estiraron y uno empezó a toser. También ellos dedicaron su atención al jinete.

—Vaya, vamos a tener diversión —dijo uno de los tipos, picado el rostro por la viruela.

Max soltó una risita.

—Dejadlo de mi cuenta.

Sus tres compañeros asintieron.

El jinete había dejado ir al caballo al paso y estaba mirando a un lado y a otro, las casas de la calle principal. Finalmente descubrió el *saloon* y sonrió. Llevó allí a su caballo y saltó de la silla.

Los cuatro hombres que se encontraban en el banco, sólo tenían ojos para el recién llegado.

El forastero ato las riendas a la barra y subió al porche disponiéndose a entrar en el *saloon* Gibbons.

Max era el que estaba más cerca de la puerta y alargo la pierna cubriendo el hueco. Lo hizo en el momento preciso y el forastero tropezó con la pierna de Max y cayó en la acera de tablones, ante las hojas de vaivén.

Max y sus tres compañeros rieron estruendosamente.

El forastero era un joven rubio de unos veinte o veintidós años, de ojos verdes. Había perdido el sombrero al caer. Recupero éste y se levanto despacio.

—Eso no estuvo bien —dijo mirando al hombre que le había puesto la zancadilla.

—¿Por qué no, muchacho?

—Me pude romper un hueso.

—Amigos —dijo Max—, aquí tenéis a todo un hombre.

Esta frase arranco nuevas carcajadas de sus compañeros.

Max señaló al rubio.

—¿Cómo te llamas?

—Ray Parquer.

—¿De dónde vienes?

—De Colorado.

—¿Y qué vienes a hacer aquí?

—Quisiera enrolarme en un rancho.

Se vela que Ray Parquer quería ser amable, a pesar del recibimiento que le habían hecho.

Peter estaba pensando su broma y al fin pareció dar con ella.

—Ray, tendrás que pagar el impuesto.

—¿El impuesto?

—Todos los tipos que vienen de Colorado deben pagar un dólar para entrar en nuestra sociedad.

—Oiga, yo no creo que exista ningún reglamento que diga eso.

—No sabes lo más bueno, Ray.

—¿Qué cosa?

—Que los tipos de Colorado que se resisten a pagar el dólar, tienen que pagar otro más de multa. De modo que éste es tu caso. Vas a pagar dos dólares.

—¿Es usted una autoridad?

—No, no lo soy.

—Entonces, mándeme a su *marshall* y que me repita lo mismo que usted dijo.

Parquer fue a entrar, pero Max se lo impidió nuevamente con la pierna. Ray se detuvo, y miro a la cara de Max.

—¿Quiere quitar la pierna, por favor?

—Eres muy educado, rubito. Pero no voy a quitar la pierna.

—¿Por qué no?

—Tienes que pagar antes los dos dólares.

—No tienen derecho a cobrarlos.

—Eh, chicos —rió Max—, aquí tenéis a un muchachito de ojos verdes que pretende saber cuáles son sus derechos.

—Y apuesto a que no sabe leer ni escribir —dijo Peter.

—Se leer y escribir —repuso Parquer.

—Vaya —rió Max— llego toda una eminencia a Jasper City. Descúbranse caballeros. Aquí tenemos al sabio Salomón.

Peter sacudió la cabeza.

—Según el reglamento, los tipos de Colorado que son muy listos deben pagar un dólar más. Así que ya son tres. Muchachito, empieza a escupir el dinero.

—No voy a pagar nada.

—Conque también eres fanfarrón.

—No, no lo soy.

—Ya son cuatro dólares los que tienes que pagar. Por fanfarrón.

—No pagare un centavo.

—Eso lo veremos ahora —dijo Peter y se levanto.

Ray Parquer retrocedió un paso.

—¿Que vas a hacer?

—Meterte en el abrevadero. Eso es lo que voy a hacer. ¿O prefieres meterte voluntariamente?

—Déjenme tranquilo.

—No, muchachito de Colorado. No te voy a dejar tranquilo.

—Si me toca, le aseguro que…

—Termina tu amenaza. ¿Qué es lo que vas a hacer si te toco?

—Me defenderé. Sólo eso. Me defenderé.

La voz de Parquer era ronca, aunque estaba cargada de ira.

Eso divirtió más a Peter y a sus amigos.

Peter se escupió las manos y echo a andar hacia el forastero.

—Al abrevadero, muchacho.

Parquer le tiro el puño a la cara, pero Peter era un zorro viejo en eso de pelear y lo burlo con un quiebro.

Parquer paso por su lado al golpear en el aire pero Peter se dio mucha prisa en enderezarle, pegándole con el puño cerrado en la boca.

Parquer dio un grito. Su labio inferior estaba partido y de él empezó a manar la sangre. Max y los otros dos que estaban sentados rieron.

Y también rió Peter.

—¿Que te pareció eso, muchachito de Colorado?

—¡Es usted un miserable! ¡Todos lo son…!

Se lanzo sobre Peter como una res enloquecida.

Peter asentó bien los pies en el suelo y paro la carrera de Ray con un zurdazo al plexo solar.

Parquer se detuvo de nuevo, estremeciéndose de pies a cabeza. Luego Peter le coloco un derechazo en la nariz.

Parquer voló de la acera de tablones a la calzada y dio una vuelta de campana.

Sus narices habían estallado en sangre.

—Canalla —dijo.

Peter descendió de la acera.

Sus tres amigos se levantaron del banco y también bajaron del porche del *saloon* porque querían estar cerca de los dos contendientes.

Peter señaló al forastero con la mano.

—Ya son cinco dólares, muchachito de Colorado. El quinto dólar es por haber ofrecido resistencia. Y también lo dice el reglamento.

—¡Qué reglamento…! ¡El de ustedes…! ¡Son gentuza…!

Max se acerco al caído, golpeando el puño contra la palma de la otra mano.

—Levántate.

Parquer se incorporo a duras penas porque el castigo de Peter había sido duro.

—Nadie nos llama gentuza —le sonrió Max—. Ni siquiera un tipo que sepa leer y escribir.

Le golpeo en el pómulo con la derecha mandándole sobre el tipo picado por la viruela.

—Ahí lo tienes, Joe.

Joe recibió a Parquer con un izquierdo enviándolo al cuarto hombre.

—Tu turno, Bill.

Éste metió el puño en el estomago de Parquer y, cuando éste se doblaba en dos, le pego con el filo de la mano en la nuca.

Parquer cayó al suelo y se ovillo. Había perdido el conocimiento.

—Eres un bruto, Bill —dijo Max—. Has acabado con la diversión.

—Le pegue flojo. Palabra que le pegue flojo.

Peter se rasco detrás de la oreja.

—Bueno, si se acabo la diversión, veamos cuánto dinero tiene.

Se agacho sobre Parquer y le registro los bolsillos.

Se levanto con tres monedas de a dólar y dijo:

—El muchachito de Colorado es pobre. Despiértalo, Bill.

—Échame una mano, Joe.

Joe y Bill tomaron a Parquer en volandas y le llevaron al abrevadero, en donde le metieron de cabeza.

Ray volvió en sí, ahogándose, escupiendo agua.

Max y Peter se acercaron al grupo.

—Oye, debilucho —le dijo Max—. No queremos verte por aquí. Los muchachos te pondrán en la silla y te largaras de Jasper City. No vuelvas. ¿Lo oyes bien? No vuelvas o te pasaran cosas peores.

Parquer ya no tenía fuerzas para contestar.

Bill y Joe lo pusieron en la silla y el primero le dio las bridas.

—Largo de aquí —dijo Peter y palmeo el anca del caballo.

Ray se inclino sobre el caballo y se dejo llevar.

A una milla de Jasper City se derrumbo de la silla y cayó en la yerba. Se golpeo en la cabeza y otra vez quedo sin sentido.

Despertó al cabo de un rato sintiendo que le pasaban un trapo húmedo por la cara.

Vio un rostro sonriente, peno no era ninguno de aquellos hombres que le habían golpeado en Jasper City. Nunca había visto a aquel hombre.

—Eh, muchacho, ¿qué te paso? ¿Te peleaste con tu suegra?

—No tengo suegra.

—Caramba, pues eres inteligente. Eso ya es un punto a tu favor. El matrimonio conduce a eso. A tener suegra. Pero si no te lo hizo un bicho de esa clase, ¿con quién peleaste? ¿Con una gata con

demasiadas uñas?

—No, tampoco. Fueron cuatro hombres.

—Demonios, ¿te atreviste a pelear con tantos?

—No, no es lo que usted cree. Fue en ese pueblo, en Jasper City… No quieren forasteros.

—¿Ah, no?

—Pretenden sacarles el dinero por las buenas, y si uno se resiste, se lo sacan por las malas.

—Que interesante.

—¿Usted cree? Son unos bestias. Me trataron como un muñeco. Iba de un tipo a otro y cada uno de ellos me golpeaba con todas sus fuerzas.

—Conozco ese juego. Se llama «La Machacadora». Lo practican en otros pueblos. Los forasteros nunca son bien recibidos. Pero de eso a sacudirle a uno como te han sacudido a ti, hay bastante diferencia. Te han puesto para pedir limosna.

—No quiero pedir limosna. Sólo quiero enrolarme en un rancho. Fue lo que les dije.

—Muy bien, todavía puedes enrolarte si quieres.

—Que se cree usted eso. Me dijeron que si volvía al pueblo, me ocurrirían cosas peores.

—Unos tipos valientes.

—Unos canallas. Eso es lo que son.

—Mi nombre es Alex Bresson. ¿Cuál es el tuyo?

—Ray Parquer.

—Levántate, Parquer. Nos vamos.

—¿Adónde?

—A Jasper City.

—Usted también es forastero. No lo ha dicho, pero lo ha dado a entender.

—Sí, Ray. Hasta ahora, nunca pisé Jasper City.

—Entonces, ¿es que no me escuchó?

—¿Por qué no me tuteas, muchacho?

—Está bien. Te tuteare. Te digo que no podemos ir allí, Alex.

—Necesitas un doctor para que te cure esa cara. Te la han puesto como un higo.

—Ya me curare solo.

—Oye, Ray. Quede citado con un amigo en Jasper City.

—Sera mejor que le des aviso para que os encontréis en otra parte.

—No, no puedo dar ese aviso, y aunque pudiese, no lo darla. ¿Vienes o te quedas?

Ray titubeo, y al fin dijo:

—Eh, Alex, te van a machacar también.

—Ya estoy deseando saber como lo hacen.

Alex Bresson monto en su caballo.

Ray estaba con la boca abierta.

—Eres un tipo la mar de extraño, Alex. Te estoy avisando del peligro y te quieres meter en el.

—Ya dijiste bastante.

Alex movió las bridas de su caballo y éste empezó a correr hacia Jasper City.

Ray siguió dudando unos instantes y por último se encogió de hombros y dijo en voz alta:

—No puedo perdérmelo. Pero apuesto a que dentro de un rato, también a él le pondrán la cara como un higo.

Se movió hacia donde estaba su potro y monto trabajosamente. En seguida emprendió la persecución de Alex Bresson, pero no lo pudo alcanzar.

Cuando llego a la calle principal dejo ir su caballo al paso, los ojos fijos en la puerta del *saloon* Gibbons.

Los cuatro tipos estaban en el mismo banco y ya el llamado Max había alargado la pierna, impidiendo el paso a Alex Bresson, pero éste no había caído al suelo.

Bresson volvió la cara hacia el tipo que tenía la pierna extendida ante las hojas de vaivén.

—No puedes entrar ahí, forastero —le dijo Max.

—¿Por qué no?

—Hay que pagar el impuesto.

—¿Qué impuesto?

—Primero tu nombre.

—Alex Bresson.

—¿De dónde vienes?

—De Kansas.

—Todos los muchachos que vienen de Kansas tienen que pagar un dólar.

—Entonces, no hay más remedio que pagarlo.

Alex saco una moneda de a dólar del bolsillo y se la dio a Max.

Éste cogió la moneda y se la mostro a sus compañeros.

—¿Que os parece, muchachos?

Peter rió.

—Éste es un tipo que no quiere complicaciones.

Ray Parquer se sintió decepcionado. Maldito fuese aquel forastero. Creía que era un gallo de pelea y resultaba ahora que se rendía a las primeras de cambio. Hasta estaba sonriendo a los cuatro canallas.

—Muchachos —dijo Bresson—, os falta conocer mi reglamento.

—¿Eh? —Gruñó Max.

—Cuando un muchacho de Kansas llega a un pueblo, los tipos que lo reciben tienen que pagarle dos dólares por cabeza. Así que ya están ustedes pagando los ocho dólares que me deben por llegar aquí.

Capítulo II

Las palabras de Alex Bresson habían caído como plomo derretido sobre los cuatro hombres que estaban sentados en el banco.

Peter se sacudió un dedo dentro de la oreja.

—Max, ¿he oído lo mismo que tú?

—El fulano Bresson dice que le tenemos que pagar dos dólares por cabeza.

—Sí, justo lo que yo escuche.

—Debe estar chiflado.

—Loco de remate.

Joe, el picado de viruela, se echo a reír.

—Es un muchachito de Kansas, muy sabio. Apuesto a que es más sabio que Salomón y por eso debe pagar otro dólar.

—Tú, cara de porquería —repuso Bresson—. Cierra la bocaza y escupe los dos pavos que te corresponden.

—¿O si no que? —dijo el otro levantándose.

Alex sacudió un derechazo en el mentón.

Fue algo sorprendente ver a Joe, el de la viruela, volar como un pájaro y estrellarse en la calzada. Rodo como una pelota y se golpeo contra el abrevadero. Allí quedo completamente inmóvil.

Max, Peter y Bill se levantaron.

Sus rostros parecían haberse convertido en piedra.

—Bresson —dijo Max— te vamos a triturar.

—Malo —dijo Alex y le pego con la izquierda.

Max se puso a dar vueltas sobre sus propios pies.

—Me éstas mareando —dijo Bresson y le pego en la cabeza para pararlo.

Max dio un tremendo salto y emprendió el camino del abrevadero, rodando como Joe. Peter y Bill se lanzaron sobre

Bresson soltando chillidos.

Alex reventó las narices de Peter con un feroz puñetazo y en cuanto a Bill, recibió un impacto en el ojo izquierdo.

Alex les siguió golpeando con precisión matemática y, uno tras otro, emprendieron el camino del abrevadero para reunirse con sus amigos.

Allí quedaron los cuatro sin sentido.

Ray Parquer estaba con la boca abierta.

—Eh, chico —le dijo Alex reparando en el—. ¿Quieres registrarlos y sacarles los dólares? Naturalmente, cóbrales lo que te deben.

—Sí, señor.

—Te dije que me tuteases.

—Sí, Alex.

Parquer salto de la silla y después de registrar a los cuatro tipos se acerco a Alex.

—No tienen mucho dinero. Sólo nueve dólares.

—Tres para ti y el resto para mí.

Cada uno se embolso el dinero y luego Ray dijo:

—Chico, que puños tienes.

—Nada especial.

—¿Dices que nada especial? Caramba, ya quisiera pelear como tú lo haces.

—Todo es cuestión de proponérselo.

—Y de habilidad.

Un hombre de unos cincuenta años, gordito, de pelo blanco, se acerco por la acera de tablones. Tenía una estrella en el pecho. Se detuvo mirando a los cuatro hombres que estaban tendidos en el suelo y grito:

—¿Donde están los tipos que pelearon con ésos?

—Aquí me tiene, autoridad —contesto Alex.

—¿Donde están los demás?

—No hay otro, jefe.

—Conque ustedes dos se cargaron a los cuatro.

Ray Parquer intervino:

—No, jefe. Fue él solo.

El representante de la ley arrugo el ceno y miro a Alex fijamente.

—¿Usted hizo eso sin ayuda de nadie? —Estaba señalando a los cuatro desvanecidos—. Sí, jefe, con estas manitas que se han de comer la tierra.

—Pues le felicito.

—Hombre, es usted un *marshall* original. Por regla general, sus colegas se ponen furiosos cuando alguien arma jaleo en sus ciudades.

—Tengo que ser original a la fuerza. Esos cuatro tipos son unos vagos, unos peleones que siempre están armándola, y ya era hora de que alguien les parase los pies, por eso le felicito. Soy Pat Harrison.

—Yo me llamo Alex Bresson y este Ray Parquer.

—¿Que vino a hacer aquí, aparte de tumbar a esos cuatro bravucones?

—Me cite con un amigo.

—¿Para quedarse?

—No, en cuanto el llegue, nos largamos. El único que quiere quedarse es Parquer.

Ray sonrió y le costó trabajo porque su labio inferior estaba hinchado.

—Así es, autoridad. Vine en busca de un rancho.

—Podrás encontrar trabajo en alguno. Hoy es sábado. Vendrán muchos chicos que trabajan en ranchos y también la mayoría de los capataces. Pero si yo estuviese en tu lugar, me limpiaría un poco esa cara. No tienes buen aspecto, muchacho.

Alex intervino:

—Sería mejor que le viese un doctor.

—No tenemos. El que había se murió hace tres semanas. Vendrá otro, pero tardara todavía unos das.

—Entonces, yo te curare, Ray.

—No necesito cura, Alex.

—Deja de refunfuñar y entremos de una vez en el *saloon*.

—Estupendo. Eso me gusta, porque necesito un trago.

—Hasta luego, jefe —se despidió Alex.

El *marshall* sacudió la cabeza.

—Quiero pedirles un favor.

—Diga, *marshall* —repuso Alex.

—No quisiera mas peleas.

—Dígaselo usted a los demás —sonrió Alex.

Parquer llevo su caballo a la barra y después de atarlo siguió a Alex al interior del *saloon.*

Alex ya estaba en el mostrador y había pedido una botella de *whisky* y dos vasos.

Habla muy poca gente a aquellas horas. Pero, como era sábado, en cuanto cayese el sol, el local se llenarla con los vaqueros que llegasen de los ranchos.

Los dos amigos bebieron el primer vaso y Ray dijo:

—Quiero otro.

—No tan aprisa, muchacho.

—Estoy viendo una rubia que me descoyunta.

Alex siguió la dirección de los ojos de Parquer y descubrió a una rubia de unos treinta años que sonreía al muchacho.

—Demasiado para ti, muchacho.

—Me gustan así. Con mucho peso y bien distribuido.

—La calidad no está en el tonelaje, Ray. Por regla general, las de menos peso son las más apasionadas.

—Gracias por el consejo, papaíto. Pero me sigue gustando la rubia. Madre mía, que curvas.

—Muchacho, ¿es que estuviste en la cárcel?

—¿Por qué lo dices?

—Porque éstas aullando.

Ray se echo a reír y eso le arranco un gemido de dolor.

—Anda, siéntate en esa silla —dijo Alex—. Te voy a curar esa herida.

—Prefiero que me la cure ella. Con tu permiso.

Parquer se aparto del lado de Alex encaminándose al lugar donde estaba la rubia.

Ella se le colgó del brazo. Estuvieron hablando un rato y luego los dos se dirigieron a un reservado.

Alex sacudió la cabeza.

—Estos niños de hoy se creen muy hombres. Y luego, mamaíta que me han pegado.

El hombre chato que estaba detrás del mostrador, el que servía, pregunto:

—¿Decía algo?

—Ya que esta aquí, me gustarla comer algo.

—Si se conforma con unas habichuelas con tocino…

—Trato hecho.

Poco después, Alex estaba comiendo a solas en una mesa.

Empezaron a llegar vaqueros.

Las *girls* salieron de sus escondites y las conversaciones menudearon.

De pronto, la puerta del reservado en que se había metido Ray se abrió de golpe y el joven salió de allí dando vueltas por el suelo.

Un gigantón ocupo el hueco y dijo:

—Nadie me quita a mi Peggy. ¿Lo oyes, muñeco? ¡Nadie!

Ray termino de dar vueltas junto a la mesa en que se encontraba Alex. Los dos se miraron.

Ahora Ray tenía un ojo que empezaba a ennegrecerse.

—Pero, hijo —dijo Alex—, te han puesto ahora la cara como una breva. ¿Cómo infiernos te las arreglas para recibir tanto?

—Ese tipo llego, me vio y me pego.

—Lo que yo dije… ¡Mamaíta!

—¿Qué?

—Nada, hijo, nada…

Alex hizo chasquear la lengua, y se levanto dando un suspiro.

—Está visto que debería cobrarte por hacer de niñera.

Se dirigió hacia el gigantón que continuaba hablando.

—Nadie me quita a mi Peggy… ¡Nadie!

La rubia Peggy estaba a su lado.

Alex llego junto a Peggy, le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y la beso en la boca.

El gigantón agrando los ojos.

—¿Que has hecho, mequetrefe?

Alex soltó a la joven y dijo:

—Acabo de comer. Me faltaba el postre.

El gigantón hizo rechinar los dientes.

—El postre te lo voy a dar yo, muñeco.

Le disparo el puño contra la cabeza. Pero Alex se agacho en el momento justo.

El puño del gigantón se estrello contra la pared y aquel tipo se puso a dar saltos y a chuparse los nudillos.

—¡Maldita sea…! ¡Me quebré el puño…! ¡Me lo quebró el muy bastardo…!

—Eso te pasa por animal —repuso Alex.

Su enemigo se marcho corriendo, sin dejar de pegar gritos de dolor.

La rubia Peggy apoyo un brazo en el hombro de Alex.

—Eres muy valiente.

Alex le aparto con delicadeza el brazo y le dijo:

—Sí, nena, lo soy.

—¿No quieres mas postre?

—Hay das en que me sienta mal el dulce.

Alex regreso junto a Parquer, que se había sentado en una silla.

—¿Lo ves, Ray? Hay que saber elegir el género.

—Yo no podía imaginar que ella estuviese comprometida con ese bruto.

—Hay que pensar en todo.

—Deja de darme consejos.

—Dejare de darte consejos, y de esa forma lograras lo que te propones. Que te conviertan en un pingajo. ¿O es que te gusta recibir?

—¿A quién le gusta?

—Conocí a una pelirroja que me decía: «Sacúdeme, Alex. Sacúdeme, Alex». Y se refería a que la zurrase.

—¿Es posible?

—Sí, Ray. Hay gente así. Hombres y mujeres que lo pasan en grande recibiendo una paliza al d fa.

—No soy de ésos.

—Y yo me alegro mucho de que no lo seas. Pero si yo estuviese en tu lugar, y me encontrase en tus condiciones, me iría a dormir.

—No puedo dormir. Quiero enrolarme en un rancho. Fue a lo que vine.

—De acuerdo, hijo, pero estate quietecito. Yo me puedo cansar de pegar. Y entonces, ¿qué va a ser de ti?

Ray asintió.

—¿Que has comido, Alex?

—Habichuelas con tocino.

—Se me ha abierto el apetito. Pediré que me traigan un plato.

Al cabo de un rato, Ray estaba comiendo sus habichuelas con tocino.

—Alex —se interrumpió un momento—, ¿quién es tu amigo, ese que esperas?

—Frank Morgan, un tipo estupendo. Hemos corrido muchas aventuras juntos.

—¿Cuando llegara?

—En un par de das.

—¿Y adonde iréis?

—A California.

—¿Por qué no os quedáis aquí?

—¿Para trabajar en un rancho? Ni lo pienses.

—¿Que tiene de malo?

—Frank y yo trabajamos en muchos ranchos y nos cansamos. Ahora somos nuestros propios patrones.

—¿Y en que trabajáis?

—En lo que sale.

—Total, que vivís a salto de mata.

—Algo así.

—Pasareis hambre.

—A veces, pero nos divertimos mucho.

Tomaron café y luego Alex se levanto dejando un par de dólares en la mesa.

—Yo me voy a dormir, Ray.

—¿A dormir tan temprano?

—Sólo tres o cuatro horas. Así tendré la noche libre. Pero hazme un favor.

—Desde luego.

—No te vuelvas a meter en líos.

—Pero si yo no me meto, Alex.

Bresson le dio una palmada en la espalda.

—Sé un buen chico y estate quietecito. Dedícate sólo a convencer a un capataz para que te enrole en su rancho.

—Así lo hare, Alex.

—Suerte si no te vuelvo a ver.

—Gracias, Alex. También te la deseo yo a ti.

Bresson llevo su caballo a un establo y se dirigió al hotel que se llamaba Alexandra.

En el registro había una rubia de ojos grandes y busto desarrollado. Tenía unos treinta y cinco años.

Alex le dijo su nombre y que quena una habitación.

—Soy Alexandra —le contesto la rubia y le daré la habitación

número siete a cambio de un dólar.

Bresson le entrego la moneda.

La rubia abanico las pestanas.

—¿Soltero?

—De Los pies a la cabeza.

—¿Negocios?

—Variados.

—Si necesita algo, dígamelo.

—Gracias.

—Cualquier cosa, señor Bresson.

—Muy amable.

Alex se marcho hacia la escalera y poco después entro en su habitación. Estaba realmente cansado.

—A dormir, Alex —dijo en voz alta.

Se quito la ropa. Tenía una larga camiseta que le sema al mismo tiempo de calzoncillo. Estiro Los brazos y bostezo. Cuando estaba en esa actitud, oyó un grito en la calle:

—¡Alex, que me matan!

Era Ray Parquer.

—No, hombre, no —gimió Alex.

Se dirigió a la ventana y la abrió.

En el centro de la calle estaba Ray y, frente a él, un hombre con un largo látigo, le decía a Ray:

—A bailar como un mono, forastero.

CAPÍTULO III

—¡No quiero bailar como un mono! —grito Parquer—. Conque no, ¿eh? Ahora lo veremos.

El hombre del látigo hizo restallar este sobre Ray Parquer, quien pego un gran salto para burlar el cuero. El hombre del látigo soltó una carcajada.

—Conque no ibas a bailar.

Ray miro por la ventana del hotel.

—¡Alex, por tu padre, haz algo!

—¡Estoy en paños menores…! ¿Qué quieres que haga? Los espectadores que había en las aceras, muchos de ellos vaqueros, se retorcían de risa. Uno de ellos grito:

—Eh, Douglas, queremos que el forastero haga un buen numero de sus monerías. Douglas, el hombre del látigo, respondió:

—Ya podéis contar con eso… ¡Eh, mono…! ¡A bailar! Descargo el brazo con el látigo y Ray pego otra vez un salto.

—¡Alex…! ¡Que me van a dejar sin piel!

Bresson hablo desde la ventana:

—¡Usted, Douglas!

El del látigo le miro.

—No se meta donde no le llaman.

—No sea bruto, ¿no ve que me están llamando?

—¿Que ha dicho?

—Dije bruto.

—Retírelo ahora mismo.

—Está bien, amigo Douglas. Lo retiro.

—Eso está mejor.

—Ahora estese quieto, animal.

—¿Como ha dicho?

—Dije animal, cerdo.

Ray se puso a aplaudir.

—Muy bien dicho, Alex.

Douglas se estaba poniendo rojo de ira.

—¡Maldito sea, entrometido! —le grito a Alex—. Lo voy a sacar de ahí a latigazos.

Echo a correr hacia el hotel y desapareció en su interior.

Alex se aparto de la ventana.

Ray Parquer se quedo preocupado, rascándose una ceja.

—Pobre Alex. Por culpa mía le van a quitar los paños menores a latigazos. Perdóname, Alex. Perdóname.

Todos los espectadores estaban mirando a la ventana, en donde poco antes se había asomado el forastero.

De pronto, de la habitación salieron rugidos.

Ray Parquer cerró los ojos.

—Alex, amigo mío, no debí pedirte que intervinieses. Estoy arrepentido. Sinceramente arrepentido.

Se oyeron mas rugidos y luego todo quedo en silencio.

Ray bajo la cabeza y miro al suelo, pero la levanto un segundo después al oír exclamaciones entre los espectadores.

Douglas, el tipo del látigo, había salido del hotel tambaleándose. Tenía el traje hecho jirones. Por entre los harapos asomaban trozos de carne y su cara estaba muy estropeada porque tenía las narices hinchadas y un ojo tan negro como el carbón.

Le falto el apoyo y se desplomo, pero no perdió el conocimiento.

Entonces Alex Bresson apareció en la ventana con el látigo en la mano.

—Eh, Douglas, se olvido de llevarse esto.

Arrojo el látigo a la calle.

Ray se echo a reír.

—Alex, eres único.

Bresson lo señaló con el brazo extendido.

—Ray, te he dicho que quiero dormir… ¿Lo oyes? ¡Dormir!

—Sí, Alex.

—¿Por qué no duermes tú también, infiernos?

—No te preocupes. No te preocupes. No te volveré a meter en otro lío.

—Eso no te lo creeré ni aunque me lo jures.

—Y si me meto en un lío no te llamare. Palabra, Alex.

—Espero que no lo olvides, al menos por un par de horas.

—No lo olvidare, Alex. Puedes dormir tranquilo.

—De acuerdo —dijo Alex, y cerró la ventana, desapareciendo en la habitación.

Ray dio un suspiro. No, ya no se meterla en ningún lío a Alex. El pobre había hecho mucho por él.

En aquel momento, al alzar la mirada creyó estar viendo visiones.

Una mujer avanzaba por la acera. Vestía como un hombre, pero no era este aspecto de ella lo que le había impresionado. Era su figura. Se trataba de una joven de veintidós o veintitrés años, de rostro bellísimo, con unos ojos negros como el azabache, el cabello como el ala de un cuervo, los labios ensangrentados de tan rojos, la cintura de avispa, las caderas de ánfora y las piernas largas.

La hermosa joven se detuvo al ver a Douglas en el suelo y puso los brazos en jarras.

—Douglas, ¿quién te dejo como un espantapájaros?

Douglas, que todavía estaba medio inconsciente, levanto una mano y señaló a Ray Parquer.

Los hermosos ojos de la joven, chispeantes de furia, miraron a Ray Parquer, cuyo rostro mostraba las señales de otras peleas.

—¡Usted es un matón!

—¿Yo?

—Sí, señor, usted. Mire lo que ha hecho con el pobre Douglas.

—Eh, señorita, no irá a decir que Douglas no mata a una mosca.

—Usted ha abusado de Douglas. Se ha aprovechado de su juventud. Usted es quince años más joven que Douglas y es alto y fuerte y…

—También era guapo, señorita, pero en cuanto me hagan una reparación, volveré a lucir como el sol.

—Engreído.

—¿Que ha dicho?

—Que es usted un engreído, además de un salvaje.

Ray respiro profundamente. Le gustaba aquel papel de hombre importante que la joven, por confusión, le estaba dando.

—¿Como se llama? Dígame rápido su nombre.

—Ray Parquer. ¿Y el suyo?

—Susan Mayer… ¡No me da la gana decírselo!

—Ya se lo saque, Susan —sonrió Ray con jactancia.

—¿Usted, desgraciado? Usted no saca un hueso de una aceituna.

Los vaqueros testigos de la escena volvieron a reír.

Ray Parquer contesto a la joven:

—No deberla decir eso, Susan. Yo saco muchas cosas —levanto un puño—. Hasta muelas.

—Quizá sea lo que mejor hace. Eso es lo que es usted. Un sacamuelas. Menudo tipo el suyo.

Ray se miro los pies y su aspecto.

—¿Qué le pasa a mi tipo?

—No parece un vaquero.

—Pues se equivoca. Yo soy un vaquero y he venido a Jasper City en busca de trabajo.

—No lo encontrara.

—¿Por qué, Susan?

—Yo me encargare de que nadie le de trabajo.

—¿Y cómo va a hacer eso?

—Sera la mar de sencillo. ¿Bastara con que informe a mis colegas?

—¿Sus colegas?

—Soy ranchera, señor Parquer.

—Caramba, entonces tengo suerte.

—¿Usted cree?

—Si es ranchera, podrá darme trabajo.

—¿Yo darle trabajo a usted? Antes me tirarla a un pozo.

—No deberla decir eso, Susan. Soy un honrado vaquero.

—Sera un vaquero, pero tengo la impresión de que usted no conoce la honradez ni por el forro.

Las palabras de la hermosa muchacha provocaron nuevas carcajadas.

Ray se rasco el cogote.

—Es usted demasiado atrevida al decir esto.

—¿Por qué?

—Porque podría equivocarse. El hábito no hace al monje. Admito que ahora mi aspecto no es muy bueno. Pero es que he sostenido unas cuantas peleas.

—¿Quiere decir que no fue con Douglas la única?

—Mire, desde que llegue aquí no han dejado de meterse conmigo. Hasta me quisieron quitar la chica.

—¿Su mujer?

—No, una *girl*… Me la quisieron quitar, Susan, y eso no está nada bien.

—Pobrecito, le quitaron a una *girl* de la boca.

—Pues sí, acertó. Cuando nos interrumpieron, ella y yo…

—No siga, señor Parquer.

—Sólo iba a decir que nos estábamos besando.

Los vaqueros atronaron la calle con sus risotadas.

La joven dio una patadita en el suelo.

—Es usted un grosero, señor Parquer…

—¿Por hablarle de un beso?

—Y por todo. Pero ya he terminado con usted. Sólo quiero darle un consejo.

—Oiga, ese cargo ya lo tengo cubierto.

—¿Qué cargo?

—El de consejo.

—El que voy a darle yo es gratuito, señor Parquer. Lárguese de Jasper City porque aquí no tiene nada que hacer.

—Eso se lo dirá usted a todos.

—Sí, señor, a todos los que son como usted. Y ya no quiero hablar con un individuo que está constantemente peleando y que es capaz de convertir a un hombre en un pingajo… ¡Douglas!

El vapuleado vaquero se levanto, aunque todavía se tambaleaba.

—A la orden, señorita Mayer.

—Sera mejor que montes en el caballo y regreses al rancho.

—Sí, señorita Mayer.

—Y cuando llegues allí, que te pongan paños calientes.

—Sera mejor que cuando llegue me pongan en algodón. Tengo el cuerpo convertido en un cardenal.

Susan miro otra vez con furia a Parquer.

—Debería sentirse avergonzado. Me dejo sin empleado para una semana.

Douglas dijo:

—Éste no fue, señorita Mayer.

—¿Que dices?

—Fue el otro.

—¿El otro?

—El que está en el hotel, en la habitación número siete… Que bruto… Que bestia… Empezó a darle a los puños y luego le empezó a dar al látigo, y me hizo saltar como un mono… Palabra, señorita Mayer. Me hizo dar un salto tan grande que toque la cabeza con el techo. Y con mi propio látigo me estuvo arrancando la ropa a pedazos.

—¿Quien es su cómplice, señor Parquer?

—No tengo cómplice.

—Conque no, ¿eh? Yo misma lo descubriré. ¡Douglas, tu revolver!

—¿Para qué?

—¿Como para qué? ¡Lo necesito!

Douglas le dio el revólver.

Entonces, Parquer quiso acercarse a la joven.

—Eh, señorita Mayer, ¿qué va a hacer usted?

—Estese quieto o también habrá bala para usted.

—¡No puede hacer eso!

—¿Que es lo que no puedo hacer?

—Mi cómplice, quiero decir el señor Bresson, está durmiendo. Ha tenido un día muy ajetreado. Además, me dijo que no le metiera en ningún lío.

—Ahora empiezo a ver claras las cosas. Conque el tuvo un día ajetreado. Eso quiere decir que fue él, el de las peleas.

—Pues sí, señorita.

—¿Y usted que es lo que hace?

—Yo soy el que recibe.

—Se le nota.

—Pero soy un buen chico. —Ray se miro la punta de las botas—. Soy honrado, señorita Mayer…, muy honrado.

—Sólo le falta derramar una lágrima.

—Oh, no, señorita Mayer. No espere que haga eso. También soy un hombre.

—Pues escuche esto, hombrecito. No se le ocurra interrumpir mi paso hacia ese hotel o se la gana como ya le he advertido.

Susan entro en el hotel.

Parquer se quedo con la boca abierta.

—Oh, Alex —fue a gritar, pero en ese momento un vaquero le

puso una mano en el hombro.
—Cuidado, muchacho… A callar.
La mujer del registro, al ver a Susan, pregunto:
—¿Habitación, señorita Mayer?
—Sólo quiero subir a la siete.
—Es un buen mozo y no me extraña nada que quiera subir.
—¿Que está diciendo, deslenguada?
—Sólo que el huésped de la habitación número siete es un tipazo.
—Cuando yo acabe con el no tendrá tipazo —contesto la joven y subió resueltamente la escalera.
Una vez arriba, se acerco sigilosamente a la habitación número siete. Puso una mano en el tirador y lo hizo girar despacio.
Entro de golpe.
—¡Arriba las manos!
Alex estaba boca abajo, con los ojos cerrados, inmóvil en el lecho.
—¡He dicho que arriba las manos!
Alex abrió un ojo, el derecho, y miro a la joven.
—Se equivoco, guapa. Siga buscando a su hombre… —Cerro el ojo.
—Usted es mi hombre.
Alex abrió otra vez el ojo.
—Eh, oiga. Usted y yo no hemos comido juntos. Ni tampoco hicimos nada juntos. Si vino en busca de un marido, asalte otra habitación.
—¡Usted es un pájaro!
—De acuerdo, admitido, soy un pájaro. Pero ahora quiero estar en mi nido a solas.
—Si no se levanta de ah en tres segundos, disparo.
—¿Habla en serio?
—Hablo en serio.
Alex tiro de la colcha.
Susan dio un grito al verlo en paños menores.
—¿Cómo se atreve a estar así?
—Oiga, esto es el dormitorio de un hotel. Pague un dólar por él y puedo estar como me dé la gana. Aun tuvo suerte porque me pillo con ropa. A veces, cuando hace calor…

—¡No siga!

—Usted es la que no debe seguir.

—Levántese ahora mismo. Levántese o aprieto el gatillo.

—Y duro con eso.

—A la de dos, disparo.

—Antes dijo a la de tres.

—¡A la una!

Alex se levanto.

—¿Que quiere ahora? ¿Trajo al reverendo con usted? Está bien. Dígale que nos case, pero me divorciare en cuanto deje de apuntarme con el revólver.

—¿Que está diciendo, insensato?

—¿No es un marido lo que vino a buscar?

—¿Tengo yo aspecto de eso?

—Hombre, ahora que me lo pregunta —la miro de pies a cabeza —. Demonios, no está mal.

—Gracias.

—Sí, señorita. Nada mal… —Gruño Alex y dio dos pasos hacia ella.

—Estese quieto.

—¿O dispara a la de media?

—Guárdese los chistes para su tía.

—Eso quisiera yo. Estar ahora con mi tía y no con usted. Ya sé lo que pasa. Es usted una loca homicida. En los días de mucho sol coge el revólver y, hala, a cargarse al primero que se le ponga a tiro.

—El único loco que hay aquí es usted.

—Eh, señorita. Que yo estaba tranquilamente durmiendo. Y por añadidura, estaba soñando, y era un buen sueno, porque se me estaban rifando dos mujeres, y ninguna de las dos tenía pistola. ¿Quiere, por favor, salir para que continúe sonando con mis dos chicas?

—¡No le valdrá de nada ese truco! Usted convirtió en un espantapájaros a mi vaquero. —¿A su qué?

—A mi vaquero, a Douglas.

—¿Usted es su patrón?

—Sí.

—Pues educa muy mal a sus vaqueros, señorita como se llame. Además, no quiero saber nada de eso. No fue asunto mío sino de…

—Alex dio un respingo—. ¡Parquer…! ¡Ray Parquer…! ¡Ya me metió otra vez en el lío! ¡Usted ha venido aquí por el…! ¡Confiéselo!

Alex corrió hacia la ventana.

—Párese —le grito Susan.

Pero Alex ya había llegado a la ventana y asomo la cabeza a la calle.

—¡Parquer!

Ray levanto una mano túmidamente desde abajo.

—Hola, Alex, ¿dormiste bien?

—¿Que si dormí bien? ¡Aquí tengo a una joven con una pistola en la mano!

—Es Susan Mayer. ¿Verdad que es muy linda?

—¡Ray, no quiero saber si es linda…! ¡Sólo quería dormir…! ¡Te lo dije! ¿Por qué me mandaste a esta loca?

La voz de Susan restallo por detrás.

—Conque loca, ¿eh? Ahora le daré motivos para que piense así.

Alex se volvió.

—¿Que va a hacer, señorita Mayer?

—Lo llevare detenido a la comisaría. El *marshall* lo encerrara en una celda por haber convertido a Douglas en un cardenal. Lo sé todo, señor Bresson. Le hizo saltar como un mono y le desgarro sus vestimentas con el látigo.

Alex llevo aire a sus pulmones armándose de paciencia.

—Oiga, señorita. Douglas pretendía hacer eso exactamente conmigo. Llego aquí y con los ojos desorbitados dijo: «¡A saltar hasta el techo…!». Y yo no me deje.

—¡A la cárcel!

—¿Está segura de que sabe lo que hace?

—¡Póngase en marcha!

—Me vestiré.

—Nada de vestirse. ¡Va así!

Alex se miro la larga camiseta.

—¿Así? Voy a ser el hazmerreir de toda la gente.

—Apuesto a que no pasa ningún mal rato.

—¿Acaso cree que paseo así todos los días por la calle principal de cada pueblo adónde voy?

—Basta de palabrería, empiece a mover las piernas.

—¿No cree que comete un error?

—El error sería dejarlo a usted sin castigo.

—Está bien, allá voy.

Alex se puso en marcha hacia la puerta.

Pero no llego al hueco.

Salto en el momento oportuno sobre la joven. La atrapo por el brazo y tiro de ella. Los dos cayeron.

—¡Bandido…! ¡Traidor! —grito ella.

Alex le retorció la mano con la que empuñaba el revólver.

Ella trato de pegarle un zarpazo con la otra mano, pero Alex la burlo a tiempo. Luego la aplasto contra la madera del piso.

—¡Ya basta, pantera!

—¡Suélteme!

—Sólo la soltare cuando me haya escuchado, esmirriada.

—¿Esmirriada yo?

—Sólo sacudí a Douglas en defensa propia.

—Cuénteselo a su…

—Se lo estoy contando a usted y no a mi tía…

—¡Quíteme las zarpas de encima!

—Oh, sí, debo quitárselas para que no me contagie.

—¿Quien va a contagiar a quien, zarrapastroso?

—¿En qué colegio la educaron?

—En el mejor de Austin.

—Pues debieron enjuagarle la boca con guijarros antes de soltarla de la jaula.

—¿Yo en una jaula? ¿Cree que soy una fiera?

—Es peor que una fiera. Una vez me hice amigo de una leona y ella me chupaba la mano con su lengua.

—Y apuesto a que después de eso la pobre murió envenenada.

—Graciosa, muy graciosa.

—Suélteme. No he venido aquí a contarle chistes, zanquilargo.

—Se va a ir derechita a la calle, pero sin protestar. Con suavidad.

—Y un cuerno.

—Entonces, ahí se queda.

—Está bien, me iré.

—¿Con suavidad?

—Con suavidad.

—Prométalo.
—Prometido.
—Así me gusta, pantera.
Alex se retiro de la joven.
Ella se puso en pie haciendo rechinar los dientes. Fue a soltar un chorro de palabras, pero Alex le apunto con el dedo.
—Con suavidad. Recuerde que lo prometió.
—¡Deme el revólver!
—Ni hablar.
—¿Es que me lo va a robar?
—No, no le voy a robar nada, señorita Mayer. Le dejare caer el revólver por la ventana cuando llegue usted a la calle.
—Es usted un sinver…
—Con suavidad. Con mucha suavidad, señorita Mayer.
Susan se mordió el labio inferior y echo a andar muy de prisa hacia la puerta. Pero se detuvo antes de salir y se volvió gritando:
—¡Espero no volverle a ver en todo el resto de mi vida! ¡Y eso también se lo digo con mucha suavidad!
Salió pegando un terrible portazo que hizo estremecer las paredes de la habitación.
Alex hizo un gesto para ir detrás de ella, pero se contuvo.
—No, Alex. No lo hagas o terminaras por retorcerle el pescuezo con muy poca suavidad.
Después de pronunciar esas palabras, cogió el revólver y se dirigió hacia la ventana.
La joven ya estaba en la calle, puso los brazos en jarras y dijo:
—¡Écheme el revólver, zanquilargo!
Alex dejo caer el «Colt» y la joven lo recupero.
Ray Parquer estaba con la boca abierta, las piernas ligeramente flexionadas.
—Cuanto me alegro de que te libraras de ella, Alex.
—Cierra el pico, Ray… ¡Maldita sea! ¡No puedes meterte en un lío por lo menos cada hora…!
—A partir de ahora, no te volveré a molestar, Alex.
—Yo no me puedo creer eso. Sólo descansare cuando me haya largado de este apestoso pueblo.
Susan intervino:
—¿Apestoso pueblo? ¿Llama apestoso pueblo a Jasper City?

Levanto el revólver y disparo, pero no acertó porque la bala hizo un agujero en la pared. Pero Alex se tuvo que arrojar al suelo.

La joven desistió de disparar al no ver su blanco.

—Escúcheme, Alex Bresson… ¡No quiero verlo ni en pintura!

Bresson le contesto desde su habitación:

—¡Ni yo tampoco a usted…! ¡Lárguese y déjeme en paz!

—¡Es usted el que se tiene que largar! Hágalo cuanto antes. Si le veo de nuevo, no responderé de mí.

La joven se acerco a Ray Parquer, y como conservaba el revólver en la mano, el rubio se arrugo.

—¡No dispare…! ¡No dispare…! ¡Soy inocente!

—¿Usted inocente? Menuda pareja de pájaros llegaron a Jasper City.

—No soy un pájaro, señorita Mayer. Soy un buen chico.

—Cuando duerme, ¿no?

—Póngame a prueba si lo duda.

—Y luego me dirá que también debo contratar a su amigo.

—No, el no quiere contratarse.

—¿Por qué no?

—Porque él sólo está de paso.

—Creí que eran amigos.

—Sólo nos encontramos en Jasper City por casualidad. Tuve ciertos líos y el siempre me saco a flote.

—¿Siempre?

—Sí, señorita. Alex Bresson es un tipo estupendo.

Susan miro a la ventana del hotel en donde no vio a nadie. Luego bajo los ojos clavándolos en el rostro de Ray.

—El sueldo es un dólar diario.

—¿Me contrata?

—Creo que cometo una equivocación pero está contratado. Antes del anochecer ha de estar en el rancho.

—¿Cual es el rancho?

—La Liga de la Rubia.

—¿La Liga de la Rubia? ¿Se llama así?

—Fue cosa de mi abuelo. Era un mujeriego.

—No hacía falta que lo aclarase, señorita Mayer.

—Deje de sonreír de esa forma. Y no vuelva a pelear con nadie, señor Parquer. Lo contrato entero.

—Trato hecho.

—Hasta luego.

—Hasta luego, señorita Mayer, y gracias por acordarse de mí.

Susan se alejo por la acera.

Ray hizo chasquear los dedos, soltó un grito de comanche y entro en el hotel como una exhalación.

—¡Alex…! ¡Alex!

Subió los peldaños de la escalera de dos en dos y entro en la habitación de Alex.

Bresson ya estaba otra vez tendido en la cama, boca abajo, con los ojos cerrados.

—¡Alex…! ¡Me contrataron! ¡Ya soy un *cowboy*!

—Que te duchen.

—Alex, ella me contrato. Seguro que se enamoro de mí. ¡Eso es! ¡Está perdida por mí! ¡Por mis huesos, y por mis carnes!

Alex gimió por lo bajo:

—No puede enamorarse de ti nadie, Ray.

—¿Por qué no?

—Mírate en el espejo. Tu cara sigue siendo un higo.

Ray se miro en el espejo de un sucio lavabo.

—Bueno, no es mucho lo que tengo.

—No, no es mucho —le contesto Alex—, total un labio partido, las narices hinchadas y un ojo a la funerala. Por diez centavos contemple a monstruos más guapos que tú en San Luis. ¡Y ya basta de molestarme…! ¡Quiero dormir…! ¡Dormir!

—¿Quien piensa en dormir ahora? ¡Te invito a un trago!

Alex se dio la vuelta, sentándose en la cama.

—Ray, ¿me quieres hacer un favor?

—Todos los que tú quieras.

—Sólo uno, Ray. Sólo quiero que me hagas uno… ¡Muérete!

Alex se rodeo la cabeza con la almohada y se dejo caer en la cama.

Ray se encogió de hombros.

—Está bien. Me beberé dos vasos. Uno por ti y otro por mí.

Salió silbando de la habitación.

CAPÍTULO IV

Alex Bresson había conseguido dormir tres horas.

Se despertó. Ya era de noche.

Se lavo la cara, se puso la ropa y se peino.

Al pasar junto al registro, la rubia Alexandra se ahueco el cabello.

—¿Durmió bien, señor Bresson?

—Con algo de jaleo.

—Tengo una habitación para los huéspedes que me resultan simpáticos. Está en el mejor lugar de la casa, adonde no llega ningún ruido. Si usted quiere esta noche…

—Tendré en cuenta su oferta, Alexandra.

—Si no la acepta, será un tonto —repuso ella y abanico las pestanas.

Alex le hizo un saludo y salió del hotel.

Fue a dirigirse al *saloon* pero se detuvo al ver a Susan Mayer.

La joven se acercaba por la misma acera en que él se encontraba.

—Usted es el culpable, señor Bresson.

—¿Que mosca le ha picado esta vez? ¿De qué soy culpable?

—Dije que iba a cometer una equivocación cuando contrate a su amigo y eso fue lo que paso. Hasta la vista.

—Eh, un momento.

La joven fue a pasar por su lado, pero Alex la cogió por el brazo impidiéndole seguir el camino.

—Acláreme eso, señorita Mayer.

—Que se lo aclare el *marshall.*

—Prefiero que sea usted.

—Su amigo es un asesino.

—¿Se refiere a Ray Parquer?

—Imagino que no tiene usted otro amigo en Jasper City.

—De acuerdo. Es mi amigo, pero no es un asesino.

—Hace un rato mato a un hombre.

—¿Ray Parquer? No puede ser.

—¿Que va a decir usted? Lo está defendiendo desde que llego.

Una arruga de preocupación apareció entre las dos cejas de Bresson.

—¿A quién mato Ray Parquer?

—A John Warner.

—¿Y cómo lo mato?

—Le metió una bala en la cabeza.

—No es posible.

—Ya le dije que sería mejor que fuese a hablar con el *marshall*.

—¿Quiere decir que ha detenido a Ray Parquer?

—Oiga, señor Bresson, en este pueblo los asesinatos están prohibidos por la ley.

—No me interesa escuchar chistes ahora, pantera.

—Para variar, deberá llamarme otra cosa.

—¿Que, por ejemplo?

—Señorita Mayer.

Alex sacudió la cabeza en sentido afirmativo y la dejo libre.

—Nos volveremos a ver, pantera.

Ella fue a contestarle desabridamente, pero ya Alex se alejaba con su larga zancada. Entro en la comisaría sin llamar.

El *marshall* dio un salto en la silla.

—¿Que viene a hacer aquí, Bresson?

Alex miro hacia la celda y vio a Ray sentado en un camastro, con las manos en la cabeza.

—Ray —lo llamo.

Parquer, al oír a Bresson, bajo las manos y dijo:

—¡Por fin, Alex!

Se tambaleo camino de la reja y al llegar allí se cogió a los barrotes y soltó un hipido.

—Soy tu amigo, Alex… Sácame de aquí… ¡Sácame!

El *marshall* grito:

—¡Y un cuerno te van a sacar!

Alex se rasco una patilla.

—¿Otra vez en apuros, Ray?

—Dicen que yo asesine a John Warner y no es verdad.

El *marshall* replico:

—Tú lo hiciste. Estabas borracho. Discutisteis por Jane Broston. Esa *girl* era la novia de John Warner. Antes te había pasado lo mismo con Peggy. Pero dio la casualidad de que esa vez no hubo ninguna muerte porque allí estaba Alex Bresson para echarte una mano.

—Ray —dijo Alex—. Cuéntame lo que paso.

—No paso nada.

—Cuéntamelo, a pesar de todo.

—No recuerdo mucho. —Ray soltó otro hipido.

El *marshall* dijo con sarcasmo:

—Claro que no se acuerda de nada. Bebió y bebió en compañía de Jane Broston. Estaban sentados en una mesa. John Warner, el agente de Bienes Raíces, llego al *saloon*, y al ver a Jane se acerco a ella y le recordó que tenían una cita. Este muchacho, Ray Parquer, se levanto y le dijo a Warner que se largase… Entonces Warner le abofeteo la cara. Ray Parquer cayó al suelo. Warner cogió a Jane y se la llevo al otro extremo del *saloon*. Ray se levanto y dijo con voz fuerte que todos pudieron oír: «Te matare». Naturalmente, se refería a John Warner.

—¿Que paso luego? —inquirió Alex.

—Ray Parquer salió del local.

—¿Y adonde fue?

—Al callejón más cercano, a esperar a John Warner.

Alex miro al preso.

—¿Recuerdas eso, Ray?

—Sí, es cierto.

—¿Por qué amenazaste a John Warner?

—Porque me quito la chica de mala manera, me abofeteo delante de todos.

—¿Dijiste que lo matarías?

—Sí, pero no pensaba hacerlo.

—Muy bien, llegaste al callejón. ¿Qué paso luego?

—Nada, no paso nada.

—¡Algo pasaría!

—Me quede dormido.

—¿Y cuando despertaste?

—Unos tipos me estaban zarandeando. Uno de ellos era el *marshall*. Oí gritos: «Asesino». «Eres un criminal». «Has asesinado a John Warner…». —Ray se paso una mano por la cara—. Había un cadáver cerca, a unos cuatro pasos de mí. Era el de Warner. Tenía la cabeza deshecha.

El *marshall* tomo un revolver de encima de la mesa y se lo mostro a Alex Bresson.

—Éste es el «Colt» con el que disparo.

—¿Y a quien pertenece?

—¿Necesita preguntarlo?

Alex miro a Parquer.

Ray sacudió la cabeza.

—Sí, Alex. Es el mío. Pero alguien me lo quito para disparar sobre Warner mientras yo dormía.

—Cuentos —dijo el *marshall*.

—¿Tiene testigos, jefe? —pregunto Alex.

—No gaste bromas, Bresson. ¿Cree que su amigo iba a repartir invitaciones para matar a Warner? Claro que no hubo testigos. Pero oyeron el estampido en el interior del *saloon* y salieron dos hombres, Ringo Anderson y Henry Thulin. Y también escuche el disparo desde la comisaría y eche a correr. Fue una suerte para su amigo que yo llegase a tiempo. Ringo y Henry querían ahorcar a su amigo en aquel mismo sitio. Todo el mundo apreciaba a John Warner. Era un buen hombre.

Ray gimió desde la celda.

—Impidió que me ahorcasen porque quiere ahorcarme él, Alex.

—Sólo quiero que la ley se cumpla —rezongo el *marshall*.

—Y se cumplirá cuando yo baile de la rama de una encina.

—Tú te lo buscaste, hijo.

Parquer miro a Alex con ojos suplicantes.

—¡Por favor, Alex! ¡No lo permitas!

—Esta vez te metiste en un verdadero lío.

—¡No lo mate!

—¿Tú que sabes? ¡Estabas ebrio!

—¡No soy un asesino!

—Estabas resentido porque Warner te había abofeteado y quitado a la chica.

—Eso es cierto, pero yo soy incapaz de matar a nadie.

—Todos cambiamos cuando tomamos una copa de mas y tu tomaste muchas copas de más. Me dijiste que sólo ibas a beber un vaso por ti y otro por mí. ¿Por qué no te limitaste a eso?

—Estaba muy contento.

—Sí, estabas tan contento que lo decidiste celebrar en grande. Con una soga al cuello. —No digas eso, Alex… ¡No lo digas…!— lloriqueo Ray. —Tengo madre—. Sí, y también tendrás abuela.

—No, abuela no, se me murió. Pero mi madre está en Denver, Colorado, y cuando sepa que ha perdido a su único hijo se morirá de dolor.

—Ya basta con la familia, o me dirás que si se muere tu madre, a tu padre le dará un ataque al corazón.

—No, mi padre ya está en el cielo. —Ray miro hacia el techo—. Padre, sabes que yo no lo hice.

Alex miro también al techo.

—Ojalá te escuche y te eche una mano.

—¡Tendrás que echármela tú!

—Yo no puedo y por eso será mejor que se lo pidas a él.

—Alex, no me dejes en la estacada. Soy tan inocente como una paloma.

El *marshall* puntualizo:

—Hay palomas negras y con muy malas intenciones.

Alex camino hacia la puerta.

—¡Alex! —grito Ray—. ¿Es que me vas a dejar solo?

—Si quieres que haga algo por ti, no tengo más remedio que salir a la calle.

—Gracias, Alex.

—Pero escúchame, grandísimo cabezota. Es lo último que hago por ti. ¿O crees que voy a ser tu niñera perpetua?

Salió de la comisaría pegando un portazo y sin esperar una respuesta de Ray.

CAPÍTULO V

Alex Bresson entro en el *saloon* Gibbons.

Se oían gritos por todas partes.

Los *cowboys* habían bebido mucho a lo largo de las últimas horas.

La atmosfera estaba llena de humo.

Se acerco al Chato del mostrador.

—¿Un *whisky*? —pregunto el empleado.

—Sí, pero lo tomare con Jane Broston.

—No puede.

—¿Por qué no?

—Se retiro a una habitación de arriba. ¿Es que no lo sabe? Mataron a su hombre.

—¿Cual es la habitación?

—Le he dicho que…

Alex alargo la mano y atrapo al Chato por la camisa.

—Sé lo que me has dicho, narizotas. Pero tengo que ver a Jane.

—Cuarta habitación de arriba.

—Así se habla, gracias.

Alex soltó al Chato y subió por una escalera.

Trato de abrir la habitación en la que quería entrar pero estaba cerrada con llave. Golpeo con los nudillos.

—¿Quién es?

—Un amigo. Abra, es urgente.

Transcurrieron unos segundos antes de que le abriesen la puerta. Vio a una joven pelirroja, de ojos grandes. Se cubría con un vestido verde muy escotado, con la falda muy corta porque le llegaba a la rodilla.

—No le conozco a usted —dijo ella y fue a cerrar.

Alex puso la bota en el resquicio y luego empujo la puerta.

La pelirroja se tambaleo en el interior de la habitación.

—¿Que infiernos busca aquí?

Alex cerró la puerta y se apoyo en ella.

—Soy Alex Bresson, compañero de Ray Parquer.

—¿Usted es amigo de ese asesino?

—Sí.

—Pues deberían meterlo a usted también en la cárcel por tener esa clase de amistades.

—Pareces estar muy segura de que Ray mato a John Warner.

—Claro que lo mato.

—¿Y cómo lo sabes?

—No pudo ser otro.

—Ray me conto lo que paso entre vosotros. Tú estabas con mi amigo cuando Warner llego. Warner le pego a Ray en la cara y te fuiste con él. Luego Ray salió del *saloon*.

—Sí, así pasaron las cosas. Pero tu amigo Ray estaba borracho. Quiso vengarse y espero a John en el callejón.

—Espera, no tan de prisa. ¿Qué paso entre tú y Warner?

—¿A qué te refieres?

—Tú te quedaste con Warner, Jane.

—Claro que me quede con él.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde ese momento hasta que Warner se marcho?

—Unos quince minutos.

—¿Y por qué tan poco tiempo? Era tu chico y te había encontrado con otro. Tú y Ray no hacíais nada malo. Eres una *girl*. Tu obligación es atender a los clientes. Warner no tenía por que pegar a Ray.

—Warner y yo nos íbamos a casar.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Y por qué entonces no te saco de este *saloon*? ¿Por qué te dejo que siguieras alternando con hombres?

La joven se humedeció los labios con la lengua.

Alex le sonrió.

—Éstas mintiendo, Jane.

—Lárgate de aquí —le tuteo ella.

—Dije que éstas mintiendo. Pero hay otra cosa en la historia que me parece muy rara. —¿El qué?

—¿Por qué Warner cuando salió de aquí no lo hizo por la puerta principal? ¿Por qué infiernos utilizo la puerta que da acceso al callejón?

—Pregúntaselo a él.

—No se lo puedo preguntar a Warner porque está muerto. Por eso te lo pregunto a ti. —Oye, le éstas buscando los tres pies al gato.

—¿Tú crees?

—Tu amigo quiso vengarse de Warner porque él le había golpeado. Lo espero en el callejón y lo mato. Eso es todo lo que sé.

—Ray estaba en el callejón durmiendo, cuando mataron a Warner. El asesino le saco el revolver de la funda y disparo sobre Warner.

—Eso es lo que dice Ray.

—Es la verdadera historia.

—Claro, tú lo crees porque te conviene.

—Nena, te he hablado de dos puntos oscuros. Del supuesto próximo matrimonio entre tú y Warner. Del poco tiempo que estuvo contigo… Y no me has aclarado nada…

—Vete con el *marshall* a aclarar los puntos oscuros.

—No, el *marshall* no quiere saber nada. Para él todo está claro.

—Entonces debe estarlo también para ti.

—Tú sabes algo que no me quieres decir. ¿Qué es?

—Te dije que me dejases en paz.

Alex echo a andar hacia la joven.

—Me vas a decir todo lo que sabes acerca de Warner.

En ese momento se abrió la puerta.

—¿Te pasa algo, Jane?

Alex volvió la cabeza.

Allí había un hombre casi tan alto como él. Robusto, de bigote espeso.

—¿Quien es, Jane? —pregunto el recién llegado.

—Alex Bresson, un amigo del asesino, Tom.

El llamado Tom observo detenidamente el rostro de Alex.

—Fuera, Bresson.

—Estoy investigando, Tom.

—¿Que es lo que investiga, Bresson?

—El asesinato de Warner.

Tom se echo a reír.

—No hay nada que investigar.

—¿Quien lo dice?

—Tom Niven.

—¿Que es usted aquí, Tom?

—El dueño del local. Acabo de llegar y me dijeron que un forastero estaba buscándose complicaciones.

—Y se lo dijo el narizotas.

—Sí, me lo dijo Mike Meller, mi empleado. No le llame narizotas. No tiene nariz. Y ahora se va a largar, Bresson. Y hágalo aprisa si no quiere que lo saque de aquí a puñetazos.

Alex se miro la punta de las botas y luego miro a Tom.

—¿Ha dicho a puñetazos?

Tom Niven le sonrió mientras levantaba las dos manos. Las cerro y las abrió. Eran dos puños como melones.

—¿Quiere que lo marque, Bresson?

—¿Como a una res?

—Como a una res.

—¿Lo ha hecho otras veces?

—Sí, varias. Y salvo en una ocasión, siempre lo hice con forasteros.

—Debe haber mucha gente por ahí con su marca.

—A uno le arranque la oreja. A otro le deje sin ceja. Y la mayoría perdieron casi toda la dentadura.

—Caramba, es todo un record.

—Sea un buen chico y no quiera quedar incluido entre los marcados.

—Si ya termino de fanfarronear, de media vuelta y cierre la puerta con cuidado, Tom. Jane y yo tenemos que seguir hablando.

Aquellas palabras de Alex hicieron sonreír a Tom Niven. Cerro y abrió otra vez los puños.

—Apártate, Jane. No quiero que se manche tu bonito vestido con la sangre del forastero.

—Sí, apártate, Jane. No vaya a ser que el bruto de tu patrón te muerda una de tus orejitas.

Niven lanzo una risotada.

—Hacía tiempo que no me encontraba con un tipo tan chistoso.

Echo a andar hacia Alex.

—Bresson, el primer golpe lo va a recibir en la ceja izquierda.

—Muy amable por avisarme.

Los dos hombres dieron vueltas lentamente, vigilándose.

Niven tiro el puño izquierdo pero fue una trampa. Fue el derecho el que buscaba la ceja de Alex, pero éste estaba preparado y lo demostró. Hizo un quiebro, burlando la acometida, y replico con un soberbio derechazo a la boca de su enemigo.

Niven retrocedió escupiendo sangre. Se detuvo y se toco el labio que tenía partido.

—Bresson, esto no estaba incluido en la pelea.

—Perdone, Niven. Se me escapo el puño.

—Le va a costar algo extra.

—¿El qué?

—Ya que se burlo de mi empleado, también usted va a salir de aquí chato.

—Qué pena para las muchachas que adoran mi nariz. Más de una se ha enamorado de mi apéndice nasal y se la comían a besos.

—Pues no van a tener nada que llevarse a la boca después que salga de mis manos, Bresson.

—Estoy a punto de llorar.

Niven avanzo sobre Alex otra vez.

De nuevo se pusieron a trazar un círculo en el centro de la habitación.

Jane estaba junto a una ventana, al fondo de la estancia, observando a los dos contendientes con sus grandes ojos.

Niven tiro un zarpazo a la cara de Alex. De haber llegado a su objetivo, Alex habría quedado marcado realmente para toda su vida. Pero impidió el daño por una pulgada y, como estaba muy enfadado, obsequio a Niven con un izquierdazo al hígado.

Niven retrocedió mientras su rostro se ponga verde.

Ahora Alex no se estuvo quieto. Siguió a su rival y le sirvió una voz con la derecha.

El dueño del *saloon* Gibbons cayó sobre un sillón que convirtió en astillas. Pero no llego a perder el conocimiento.

—Maldito sea, Bresson. Ya acabe las contemplaciones con usted. Voy a hacer papilla con sus huesos.

—Que miedo.

Eso acabo de encolerizar a Niven, quien se lanzo sobre el forastero tirándole un puño tras otro.

Alex retrocedió para librarse de aquella lluvia de golpes. Llegado a la pared, asentó los pies y paro a Niven golpeándole en el pecho. Luego le castigo la cara con dos izquierdazos.

Niven estaba aturdido, y Alex aprovecho aquel momento para cazarlo con un enorme gancho.

Niven voló hacia la lámpara como si tuviese intención de colgarse de ella. Pero no lo hizo y, cuando bajaba al suelo, Alex lo recibió con mucho cariño, otro terrible izquierdazo en el maxilar inferior.

Se oyó un repiqueteo en el suelo como si se hubiese roto un collar y Jane dio un chillido al ver que lo que tenía a sus pies eran tres dientes.

Niven siguió escupiendo piezas de su dentadura mientras rodaba por el suelo. Pero una se le fue por mal camino porque se la trago.

Al llegar junto a la pared, puso los ojos bizcos y se desvaneció.

Alex se limpio una hipotética mota de polvo de la manga y dijo:

—Niven, la próxima dentadura postiza que sea de mejor calidad. Lo engañaron.

Miro a Jane, quien tenía la boca abierta.

—Bien, nena, ¿qué tienes que decirme de Warner?

Jane trago saliva.

—Está bien. Te lo diré.

—Adelante.

—Nos íbamos a marchar hoy mismo de aquí.

—¿Por qué?

—Warner estaba lleno de miedo.

—¿Y por que tenía miedo Warner?

—No me lo dijo.

—Vamos, nena. Ahora debo ser para ti como el abuelito. Y al abuelito se le cuenta todo. —Te juro que no lo sé, Alex.

—¿Que fue lo que te dijo exactamente?

—Que teníamos que marcharnos porque quería seguir viviendo…

—Conque eso te dijo. ¿Por qué no se lo repetiste al *marshall*?

—No podía porque yo también tuve miedo.

—¿A quién podía temer Warner?

—Repito que no lo sé.

—Tú debías conocer sus negocios. Era agente de Bienes Raíces.

—Warner nunca me hablaba de sus negocios. Te lo juro, Alex.

—¿Con quién se había relacionado últimamente?

—Con Luke Reynolds, un ranchero.

—¿Y por qué se relacionaban los dos?

—Warner actuaba como agente de Reynolds. Le iba a vender una parte de su rancho.

—¿A quién se lo iba a vender?

—No lo sé. Pero era una venta vulgar y corriente. Recuerdo que Warner me dijo que la tierra que Reynolds tenía que vender no era de mucho valor.

—¿Surgió algún cliente?

—Que yo sepa, no.

Alex se quedo pensativo unos instantes.

—Otra pregunta, Jane, y será la última de momento. El cadáver de Warner fue encontrado por Ringo Anderson y Henry Thulin. ¿Los viste salir del *saloon* cuando se marcho Warner?

—No estuve atenta.

—¿Conoces a alguien que los viese salir realmente cuando se produjo el disparo?

—No, no he hablado con nadie de eso.

—¿Para quienes trabajan Anderson y Thulin?

—Están al servicio de Roger Burton, otro ranchero.

—¿Y qué clase de tipo es Roger Burton?

—Es un hombre muy guapo.

—No te pregunte eso.

—Ha prosperado mucho durante los últimos años. Heredo el rancho de su padre. Y será mucho más poderoso cuando logre a Susan Mayer.

Alex arrugo el ceno.

—¿Es que se van a casar?

—Están prometidos.

—Conque la chica del mal genio tiene ya su dueño.

—Creo que se casaran dentro de un par de semanas.

—De acuerdo, Jane. Tendrás que repetir eso.

—¿Repetirlo?

—Sí, al *marshall*. Vas a venir conmigo.

—Oh, no, por favor. No quiero.

—Con tu declaración bastara para que mi amigo quede en libertad.

De pronto sonó un estampido.

Los cristales de la ventana saltaron y Jane cayó de bruces.

Alex saco el revólver como una centella y corrió hacia la ventana.

Hablan disparado desde el hotel Alexandra. No tuvo duda de eso aunque no vio a nadie.

Se volvió hacia la joven.

—Jane.

Se inclinó sobre la *girl* y comprobó que estaba muerta. La bala le había entrado por la espalda y debió partirle el corazón.

Alex apretó los maxilares con fuerza. Su amigo Ray Parquer había perdido una buena oportunidad para salir de la cárcel. Espero durante un par de minutos y por fin oyó pasos en el corredor.

—Soy el *marshall.* ¿Quién está ahí dentro?

—Alex Bresson —le contesto.

El *marshall* entro con el revólver en la mano.

Vio a Niven caído, moviéndose débilmente porque ya empezaba a despertar de su sueño.

Luego miro a Jane y a Bresson.

—¿Muerta?

—Sí.

—¿Por qué la mato?

—Huela mi revolver. No lo he disparado.

—Démelo.

—No sé si fiarme de usted.

—No diga tonterías, Bresson. He cumplido con mi deber.

—De acuerdo, ahí tiene el arma.

Alex le tiro el revólver. El *marshall* lo cogió y lo olfateo.

—Es cierto, no ha sido disparado desde hace tiempo —le devolvió el «Colt».

—Yo estaba hablando con Jane. Ella se encontraba de espaldas junto a la ventana. Hicieron fuego desde el hotel Alexandra.

El *marshall* miro por la ventana hacia el hotel y luego se volvió hacia Alex.

—¿Por qué?

Alex le conto rápidamente lo que había sabido por boca de Jean.

Pat Harrison se tironeo una oreja.

—Conque Warner se quería marchar de la ciudad porque tenía miedo.

—Sí, y ahora se ha probado que tenía razones para sentirlo. El asesino mato también a Jane porque pensó que ella, como novia de Warner, podía saber algo. El fulano que está detrás de estas muertes quiso hacer una limpieza general. Quizá pensó que yo, como forastero y amigo de Ray Parquer, podía cargar con la muerte de Jane. Seguro que se imagino que yo dispararía contra el hotel… De esta forma, usted me habría sorprendido con un revolver listo para convertirme en un cliente de su celda.

Pat Harrison quedo impresionado por las palabras de Alex.

En aquel momento Niven se levanto. Sus ojos observaron la escena. De pronto se puso a gritar.

—¡*Marshall*…! ¡Bresson la mato…! ¡Juro que Bresson la mato!

—No, Niven. No la mato.

—¿Es que se va a poner de parte del forastero? ¡Maldita sea, me dejo sin dientes!

—Bresson me ha contado lo que paso. No tengo ningún motivo para detenerle.

—*Marshall* —dijo Alex—, ¿qué le parece si vamos a la comisaría para soltar a mi amigo Ray Parquer?

CAPÍTULO VI

—Alex eres el mejor amigo que he tenido en mi vida, déjame que te bese.

—Que no soy una rubia.

—Era sólo un beso de hermano.

—No me gusta que los hombres se besen. ¿Lo oyes, Ray? De modo que, cuando encuentres una pelirroja en buen estado, le traspasas a ella el beso.

—Como tú quieras, Alex.

Ray acaba de salir de la celda.

El *marshall* carraspeo.

—Si ya han terminado con las efusiones, quisiera decirles algo a los dos, forasteros.

Ray levanto una mano.

—Seremos dos buenos chicos. Muy buenos, *marshall*. Y ahora mismo me voy a la cama… Oh, no, tengo que ir al rancho de la señorita Mayer.

Alex lo apunto con un dedo.

—Oye, ¿por qué no te vas un poco más lejos?

—¿Adónde?

—A Alaska.

—Según dicen, allí hace mucho frío.

—Sí, hace mucho frío, y está muy poco habitada. Es el lugar que te conviene. Si logras llegar a un sitio donde no haya nadie, no podrás meterte en ningún lío.

—Y dicen que allí hay oro, Alex.

—Es posible.

—¿Por qué no te vienes conmigo?

—Olvídame.

El *marshall* Harrison hizo chasquear los dedos.

—Oigan los dos. Se ha cometido un doble crimen en Jasper City. Usted, Bresson, ha demostrado que la muerte de John Warner pudo ser hecha por otra persona y no por Ray. Pero para demostrarlo han tenido que matar a la novia de Warner.

—¿Adonde quiere ir a parar, jefe?

—Quiero que se estén quietos los dos. Yo soy el representante de la ley y a mí me incumbe aclarar esos dos crímenes.

—Clarísimo, jefe —convino Ray.

—Lo celebro.

—Puede estar tranquilo. Alex y yo somos forasteros. No tenemos nada que ver con su pueblo, ¿verdad, Alex?

Alex no había contestado al *marshall* porque estaba pensativo. Durante unos instantes siguió encerrado en su mutismo.

—Bresson… —dijo el *marshall*—, ¿qué infiernos se propone?

—¿Por qué dice eso?

—Porque lo veo preocupado.

—Es natural que me haya preocupado la muerte de Jane.

—He dicho que la solución es cosa mía.

—*Marshall*, mataron a esa muchacha ante mis propias narices. Y eso no me gusto nada. La chica iba a venir aquí para ayudar a Ray. No lo hizo antes porque estaba acobardada pero yo la convencí. Fue entonces cuando le dispararon…

—¿Y qué?

—Quiero arreglarle las cuentas a quien la mato.

—Usted no hará nada.

—Ya sé que es asunto suyo, pero le vendría bien que le echase una mano.

—Ni hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Porque usted no es autoridad. Sólo es un tipo que está aquí de paso y porque yo me basto para solucionar mis problemas.

—¿Está seguro de que se basta?

—Déjese de sarcasmos, Bresson. Ya hablamos los dos.

Ray y Alex salieron de la comisaría.

El rubio hincho los pulmones de aire.

—¡La libertad…! ¡Viva la libertad…! ¿Conoces algo más hermoso?

—Sí.
—¿Qué cosa, Alex?
—Las mujeres.
—Pero las mujeres no sirven de mucho si no eres libre.
—No está mal.
—Lo dijo un chino y ya sabes que los chinos son unos tipos que piensan mucho.
De pronto se encontraron casi de golpe con Susan, que salía del jardín de una casa. Una mujer de unos cincuenta años, desde el porche decía:
—Puedes estar tranquila, Susan. Tu vestido de novia será un primor.
—Gracias, Adela.
La joven fue a echar a andar pero se detuvo porque había tropezado con Alex.
—¿Usted? —dijo ella.
—Yo y mi sombra —señaló a Ray.
La joven agrando los ojos.
—Parquer, ¿no estaba usted en la cárcel?
—Sí.
—Se ha escapado. ¡Su amigo Alex lo ayudo! ¿Qué ha hecho con el *marshall*, señor Bresson?
—Allá ha quedado el pobre.
—¿Moribundo?
—Yo no diría tanto.
—¡Dios mío, lo debió golpear! ¡Confiéselo!
Ray Parquer se echo a reír.
—Oh, no, señorita Mayer. Alex es un tipo estupendo. Como un padre para mí.
—Eh, que no tengo edad para eso, bocazas —repuso Bresson—. Quedamos en que era sólo un hermano.
—Como tú quieras, hermanito.
La joven dio una patada en el suelo.
—¿Quieren dejar de discutir sobre padres y hermanos? Creo que me han estado embromando. ¿Cómo saco a Ray, señor Bresson?
—Por las buenas. Asesinaron también a Jane. Y esta vez no pudieron cargárselo a Ray porque él estaba en la celda. El *marshall* comprendió que el asesino es otro y soltó a Ray. Ahí tiene el

resumen de la historia de un primo llamado Ray Parquer.

—¿Otra vez con la familia?

Alex la miro fijamente a los ojos.

—Me habría gustado verla con el vestido de novia.

—¿Qué dice?

—¿No se ha estado probando el vestido?

—Sí.

—Pues eso, que me habría gustado verla.

—Se quedara con las ganas. Usted es un ave de paso y, para cuando yo me case, usted estará lejos de aquí.

—Sí, eso espero. Pero quería pedirle algo.

—¿Usted a mí?

—Sí, yo a usted, Susan.

—¿Que quiere pedirme?

—Apenas tengo dinero para proseguir el viaje. Estoy esperando a un amigo, pero el también llegara sin blanca. En resumen, que me interesaría trabajar en su rancho para ahorrar un poco.

La joven hizo un gesto de sorpresa.

Ray Parquer cogió la mano de Alex y se la estrecho fuertemente.

—¡Sabia que no me abandonarías!

—Deja ya de decir tonterías. No lo hago por ti. ¿Es que no me oíste? No tengo dinero. ¿Que contesta, señorita Mayer?

—¿Cuánto tiempo estará?

—Sólo tres semanas.

—¿Y qué hay de su amigo, el que tiene que llegar?

—Le agradecerla que también le diese trabajo.

—La verdad es que necesitamos hombres pero no sé si haría bien en contratarlo a usted.

—¿Por qué tiene duda?

—Por su carácter.

—Soy un *cowboy* y también lo es mi amigo Frank Morgan.

—Lo aceptare con una condición.

—¿Cual?

—La de que cuide de Ray Parquer.

—¿Cuidar yo de éste? ¡Señorita Mayer, sólo me falta limpiarle los mocos!

Ray se echo a reír.

—Aquí tienes mi nariz.

—Apártala o te la hincho más de lo que ésta.
Susan intervino:
—Está bien, señor Bresson. Queda contratado. —Gracias.
—Pero cumplirá como los buenos.
—De acuerdo.
—Sin comprometerse con los demás.
—Convenido.
—Y sin armar jaleo.
—No armare jaleo.
—Vayan al rancho.
—¿Vamos con usted?
—No, yo tengo que hacer todavía en la ciudad.
—¿Y se va a ir sola de noche?
—No se preocupe. Vendrá conmigo el capataz. He quedado citada con él.
—¿Y cómo vamos a saber cuál es su rancho?
—Ésta a cinco millas al norte de Jasper City. No se perderán porque es el primer rancho que encontraran en su camino. Hasta luego.
Poco después, Alex y Ray, montados en sus caballos, se dirigían hacia el rancho de Susan Mayer.
—Hermosa chica, ¿eh? —Rompió el silencio Ray.
—¿A quién te refieres?
—¿A quién va a ser? A nuestra patrona.
—Se va a casar con otro ranchero, Roger Burton. Es fruto prohibido, Ray.
—Qué pena porque a la chica le gusto.
—¿Otra vez con ésas, Ray?
—¿Qué culpa tengo yo de tener atractivo?
—Sí, eso es verdad. Tienes atractivo para los puños de los demás.
Llegaron al rancho.
Dos hombres les salieron al encuentro. Eran robustos.
—Eh, vosotros. No podéis quedaros. Si queréis agua para beber, tiraros al río —dijo uno de los tipos.
Alex lo miro. El *cowboy* tenía una cara muy fea.
—Éste es Ray Parquer y yo Alex Bresson. Hemos sido contratados por la señorita Mayer.

El otro se quedo perplejo y al fin dijo:

—Soy Harold Hudson y éste es Leo Russell.

—Enséñanos el camino. Queremos dejar los caballos y tomar posesión de nuestros catres.

Dejaron los caballos en el establo y poco después Alex y Ray estaban tendidos en los catres que Harold les indico como suyos.

—Vamos a tomar el aire —dijo Alex.

Salieron del dormitorio y encendieron sendos cigarrillos.

De pronto oyeron un grito femenino.

—¡Socorro…! ¡Auxilio!

Los dos echaron a correr hacia la parte trasera de la casa, que era de donde llegaban los gritos.

Entraron en la cocina, una mujer tenía una escoba en la mano y se defendía de un hombre de unos setenta años.

—¡Amor mío! —decía éste.

—Patrón, no se acerque.

—Amor mío, si estás loca por mí.

—Señor Mayer, que ha cumplido los ochenta.

—Setenta, Mercedes, sólo setenta y estoy como nunca.

Ray se quedo asombrado.

Alex carraspeo.

—Señor Mayer.

—¡Fuera todo el mundo! —grito el hombre de pelo y bigote blancos—. No necesito ayuda de nadie.

—Pero yo los necesito —grito Mercedes—, no se vayan.

El señor Mayer observo a los dos muchachos.

—Eh, ustedes, ¿qué infiernos hacen aquí?

—Somos los nuevos *cowboys* contratados por su nieta.

—¡Pues quedan despedidos!

—¿Por qué señor Mayer?

—Por meterse donde no les llaman.

Mercedes grito otra vez:

—¡No se vayan…! ¡No me dejen a solas con él!

Mayer dio un manotazo en el aire.

—Eres una desagradecida. Me habría casado contigo, Mercedes. Y habrías sido la dueña de mi rancho. Pero tú te lo pierdes —miro a los *cowboys*—. Muchachos, no hagan caso de las mujeres. Son todas unas ingratas. Os invito a un trago en la biblioteca. Seguidme.

Mayer se marcho dando saltitos, y Alex y Ray, después de cambiar una mirada, lo siguieron.

Ya en la biblioteca, Mayer escancio *whisky* en tres vasos.

Levanto su vaso y brindo:

—Por todas las mujeres que me amaron.

—¿Cuantas fueron, señor Mayer? —pregunto Parquer.

—Veintitrés.

—¿Tantas?

—Bueno, no cuento las que me duraron un día.

Mayer soltó una risotada y bebió el contenido de su vaso. Luego chasqueo la lengua.

—¿Como os llamáis, muchachos?

Los dos amigos dijeron su nombre.

—Alex y Ray, ¿eh…? A propósito, ¿quién te puso esa cara, Ray?

—Tuve algunas peleíllas al llegar a la ciudad.

—Pues acepta este consejo. Cuando pelees, hazlo con una mujer. Oh, que maravillosas peleas he tenido yo con las mujeres… Y que deliciosos zarpazos me pegaron… Caballeros, aquí donde me ven, tengo en mi piel marcas de unas, marcas de dientes. Hay quien está orgulloso de sus heridas de guerra. Yo también estoy orgulloso de las mías. Pero cuidado, no saquen una mala opinión de mí. Jamás deje de tratar a una mujer como un caballero. Todas me adoraron. Todas quisieron ir conmigo hasta el fin del mundo. Caballeros, propongo otro brindis.

Mayer escancio de nuevo en los vasos y después de levantar su copa de *whisky* dijo:

—Por los animaluchos más hermosos de la creación.

Entro en la biblioteca un hombre de rostro bien parecido, ojos azules, muy alto.

—Buenas noches, señor Mayer.

—Ah, hola, Roger. ¿Un trago?

—No, sólo vine para hablar con Susan.

Roger Burton, el prometido de Susan, miro con curiosidad a los dos hombres que acompañaban a Mayer. Éste los presento.

Burton hizo un gesto de sorpresa.

—He oído hablar de ustedes. Me dijeron que tuvieron problemas en Jasper City.

—Los solucionamos —le contesto Alex.

—¿No detuvo el *marshall* a Ray Parquer como sospechoso del asesinato de John Warner?

—Sí, pero el *marshall* se convenció de su inocencia.

—¿Quiere decir que usted lo convenció, señor Bresson?

—Alguien me ayudo.

—¿Quien?

—El verdadero asesino.

—No lo entiendo. ¿Quizá lo capturaron ya?

—No, señor Burton. No lo capturaron. Pero cometió un error. El asesino, o alguien mandado por él, mato también a la novia de Warner, a Jane Broston.

—Explíqueme eso, ¿quiere?

—Con mucho gusto.

Alex conto la historia.

Roger escucho atentamente y luego dijo:

—Ha tenido suerte.

—Sí, en eso tiene razón, señor Burton. Hemos sido afortunados. Pero usted lo ha sido mucho más que nosotros.

—¿Por qué dice eso?

—Porque se va a casar con una joven rubia muy linda.

Roger sonrió.

—Gracias, señor Bresson. Tiene razón. Me considero un hombre afortunado.

En aquel momento entro Susan.

—Hola, Roger.

—¿Como éstas, querida?

—Bien.

—Como siempre, resplandeciente de belleza.

Roger fue a besar a Susan en la boca y la rodeo por la cintura, pero la joven ladeo ligeramente la cara y sólo pudo besarla en la comisura de los labios.

Susan enarco las cejas.

—¿Ya están ustedes aquí?

—Su abuelo nos invito.

—Sí, es cierto —rió Mayer—. Los invite a tomar un trago, Ya sabes que siempre me ha gustado conocer a los hombres que van a trabajar para nosotros.

—Querida —dijo Roger—, quiero hablar contigo.

—Sí, Roger.

Los dos prometidos salieron de la biblioteca.

Cuando se hubo cerrado la puerta, el abuelo Mayer dijo:

—Se admiten opiniones sobre el novio.

Ray Parquer sacudió la cabeza.

—Me parece bueno para Susan.

Alex no dijo nada.

Mayer lo miro con una sonrisa de ironía.

—Pero a Bresson no le parece tan bueno.

—¿Por qué dice eso, señor Mayer?

—Te he estado observando desde que llego Roger y te he visto un poco nervioso.

—Son imaginaciones suyas. Perdone, señor Mayer, pero el capataz debe haber llegado con su nieta. Tenemos que presentarnos a él.

—Bien venidos a nuestro rancho.

—Gracias.

El capataz resulto llamarse Peter Potman y estaba en el dormitorio de los *cowboys.*

Dio también la bienvenida a los dos y les indico que su primer trabajo, al empezar el día, sería llevar una punta de reses de un pastizal a otro.

Cenaron con los restantes *cowboys* y, como tenían que levantarse al despuntar el alba, todos se acostaron…

Ray desde su cama dijo:

—¿Estas despierto Alex?

—Sí.

—¿Por qué no te gusto Roger Burton?

—Es la mar de sencillo. Unas personas te resultan simpáticas o antipáticas a primera vista. Uno no sabe por qué. Pero es así.

—¿No será por ella?

—Vete al infierno y déjame dormir.

CAPÍTULO VII

Alex Bresson estaba tendido en la yerba, bajo la sombra de un árbol, con el sombrero echado sobre la cara.

—Eh, Alex —grito Ray desde lejos.

—¿Qué pasa? —Bresson se incorporó.

—Dos terneros se han escapado.

—Pues encárgate de ellos y tráelos. ¿O es que también vas a necesitar ayuda para eso? —Claro que no admito tu ayuda. Puedo hacer el trabajo solo.

—Demuéstralo.

Ray espoleo su cabalgadura encaminándose hacia un desfiladero, por donde había desaparecido el ganado.

Alex se puso otra vez el sombrero sobre la cara.

Hablan pasado cinco minutos desde que se marcho Ray, cuando ovo una voz:

—Hola.

Se levanto nuevamente.

Era Susan, quien estaba a unos metros montando un hermoso potro color canela.

—Buenos das, Susan.

—¿Que tal les va?

—Perfectamente. ¿Y usted durmió bien?

—Sí. Desde luego.

—¿Sin pesadillas?

—¿Por qué habría de tenerlas?

—Quizá sonó que se casaba con Roger Burton.

Las mejillas de la joven se pusieron rojas.

—Señor Bresson, estoy enamorada de Roger y, por tanto, si sueno con él, no será precisamente una pesadilla.

—Es raro.
—¿Por qué es raro?
—No me pareció muy entusiasmada con él cuando se vieron en mi presencia.
—¿Quera que le echase los brazos al cuello y le besase con apasionamiento delante de usted?
—No, no quería eso. Pero pudo demostrarle con más claridad su cariño.
—Señor Bresson, las pruebas de mi cariño las doy en privado.
—La comprendo.
—Y yo celebro mucho que me comprenda.
—¿Adónde irá a vivir cuando se case, Susan? —Naturalmente, al rancho de Roger.
—¿Cuántos hijos tendrá?
—No lo he pensado.
—¿Tres?
—Le he dicho que no lo he pensado.
—A mí me gustaría tener tres.
—No me haga reír.
—¿Por qué le hago reír?
—Porque usted es de los que no se casan, señor Bresson.
—Demonios, es verdad. Casi lo había olvidado.
—¿Y a que se debe su olvido?
—Pues no lo sé.
—¿De veras no lo sabe?
—No. Le aseguro que no.
—Pregúnteselo usted.
—Ya me lo estoy preguntando y no obtengo respuesta.
—¿Puedo darle yo una?
—Inténtelo.
—Podría ser yo.
—¿Usted?
—Yo, Susan Mayer.
—¿Quiere decir que la he conocido a usted y he empezado a pensar que el matrimonio no es una cosa tan mala?
—Era una sugerencia.
Alex se rasco una patilla. Reflexiono durante un rato y se echo a reír.

—Oh, no, Susan… Usted es muy linda, muy atractiva, muy hermosa… Pero no tiene nada que hacer conmigo.

—¿Que es lo que ha dicho? ¿Piensa acaso que le busco las cosquillas?

—No, pero usted ha sugerido la posibilidad de que me hubiese producido un gran impacto en mi corazón. Y yo le digo que no hay tal posibilidad. No, señorita Mayer. Su hermosura, su belleza, sus ojazos, no me han dado ni frío ni calor.

—Es una suerte para los dos, señor Bresson.

—¿Para los dos?

—Para usted porque seguirá su camino, y para mí porque aunque yo le hubiese ocasionado un impacto, no tendría solución puesto que estoy enamorada de Roger Burton y me voy a casar con él.

—Sí, tiene razón, Susan. Es una suerte para los dos que nos seamos completamente indiferentes.

—Absolutamente.

—Yo le puedo dar la enhorabuena a usted y usted me la puede dar a mí.

—Enhorabuena, señor Bresson.

—Enhorabuena, Susan.

Pasaron unos minutos en silencio y al fin ella dijo:

—Me tengo que marchar.

—Y yo tengo que seguir cuidando el rebano.

—Adiós.

—Adiós.

De repente surgió una víbora por entre los arbustos, delante del caballo montado por Susan.

El potro soltó un relincho con los ojos espantados y salto bruscamente, despidiendo a la joven de la silla.

Alex saco el revólver y disparo contra la víbora, matándola en el acto.

El caballo coma alocadamente.

Susan pego un chillido y quedo inmóvil.

Alex corrió al lado de la muchacha.

—Susan.

La vio con los ojos cerrados, boca arriba.

Se inclino sobre ella y le puso una mano en la frente.

—Susan.

Ella continuo como estaba.

Alex corrió a la orilla del río. Mojo un pañuelo en el agua.

Susan se levanto ligeramente y abrió los ojos observando a Alex inclinado ante la orilla del río. En seguida cerro otra vez los ojos y se dejo caer en la yerba, como antes.

Alex regreso junto a Susan. La levanto apoyando la espalda femenina en su pecho y le paso el pañuelo mojado por la frente.

Vio los hermosos labios de Susan entreabiertos y los beso.

SE apartó de ella y, como la joven seguía en la misma situación, la volvió a besar.

Ella entonces simulo despertar.

—¡La víbora…! ¡El potro…! ¡La silla!

Se quedo mirando a Alex.

—¿Que es lo que ha hecho?

—Se desmayo al golpearse, Susan.

—Sí, pero ¿qué es lo que acaba de hacer?

—Le moje la frente con el pañuelo.

Susan se toco los labios.

—Tengo la sensación de que me ha besado, señor Bresson.

—¿Ah, sí?

—Seguro.

—¿Y cómo lo sabe, Susan?

—Porque lo sé.

—Es una tramposa.

—¿Como ha dicho?

—Una tramposa. No estaba desmayada.

La joven agrando los ojos.

—Me está insultando, señor Bresson… ¿Supone que yo simule un desmayo para que usted… para que usted me besase?

—Ajá.

—¡Es usted un maldito engreído!

—Y usted una embustera.

—Señor Bresson, ¿sabe con quién está hablando?

—Con Susan Mayer.

—Con su patrón —le corrigió ella.

—No lo he olvidado.

—¿Habla siempre a su patrón con tan poco respeto?

—Sí, cuando mi patrón miente.

—¡Señor Bresson, queda despedido!

—Y yo le acepto el despido. Es un favor que me hace. Ya no existe ninguna relación de trabajo entre nosotros —hizo una pausa —. Ahora tú te llamas Susan y yo Alex, y somos ciudadanos cualquiera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Gracias —dijo Alex y aplasto su boca contra la de ella.

Susan forcejeo pero no logro desasirse hasta que Alex se canso de besarla.

—¡Bruto…! ¡Animal…! ¡Salvaje…! ¿Qué es lo que ha hecho?

—Besar a la ciudadana Susan Mayer. Y lo voy a hacer otra vez.

—¡No!

—Claro que sí.

—¡Queda admitido! ¡Ya soy otra vez su patrón! ¡No me puede besar!

—Lo siento, señorita Mayer, pero yo acepte su despido — contesto Alex y unió sus labios a los de ella.

La joven volvió a forcejear pero lo hizo con menos energía que antes.

Cuando Alex se aparto, ella trago aire a bocanadas.

—¡Señor Bresson, ha estado a punto de ahogarme!

—La próxima vez lo hare con un poco mas de cuidado.

—¡No habrá próxima vez! ¡Te lo prohíbo…! ¡Se lo prohíbo!

—Digamos que es el beso de despedida.

—¿Que despedida?

—Recuerda que ya no soy tu vaquero y me voy a marchar para siempre.

—¿Para siempre?

—Eso he dicho. No puedo seguir aquí.

—¿Por qué no?

—Porque ya tengo la respuesta. Tenlas razón, Susan. Fue un impacto terrible. Tu belleza, tu hermosura, tu atractivo… Soy un hombre perdido, ya no habrá descanso para mí —la voz de Alex se hizo dramática—. Me he enamorado de ti, una mujer que esta prometida a otro hombre. Sólo me queda una solución. Huir de ti, alejarme…

Ella se mordió el labio inferior.

—Hombre, no hace falta que te alejes mucho.

—¿Es que no lo comprendes? No podría estar en la misma comarca que tú vivieses, viéndote con tu marido, con tus hijos. No, Susan, sufrirla mucho.

La beso de nuevo y ahora Susan se estuvo quieta.

—Susan, es terrible… ¿Por qué? ¿Por qué me habré enamorado de una mujer que tiene su vestido de novia listo para ponérselo?

—Pobre Alex.

—No, Susan… Desgraciado Alex.

Ella le acaricio la nuca.

—¿Y qué va a ser de ti?

—No importa lo que sea de mí. Me iré haciendo viejo, se me arrugara la cara, tendré el cabello blanco y alguien me preguntara: «¿Cuántos años tiene usted?». Y yo diré: «Treinta y dos». Y la gente dirá: «¿Cómo es posible? Parece que tenga setenta y dos». Y yo le contestare: «Estoy así por una mujer».

—¡Oh, no, Alex, eso no! ¡No quiero que te conviertas en un ancianito!

—Es la vida, Susan, la vida…

—¿Qué vida ni que ocho cuartos? Sera la muerte para ti y para mí.

—¿Para ti?

—Sí, Alex. Si tú te alejas de mi lado, a mí también se me arrugara la cara y se me pondrá el cabello blanco.

—Pero tendrás a tu lado a Roger.

—¡No quiero tener a mi lado a Roger…! ¡Maldita sea!

—Susan, amor mío.

—Alex, cariño.

Cayeron uno en brazos de otro y se besaron poniendo cada uno de ellos todo su entusiasmo.

Una voz dijo:

—Yo con los terneros y tú con la ternera.

Alex se aparto de Susan y vio a Ray, que tenía el sombrero en la mano y se rascaba la nuca.

—Ray, hay cosas que no se deben ver.

—Caramba, si no querías que viese esto, pudiste llevártela a una cueva.

Susan parpadeo mientras salía de la especie de hipnotismo de

que era víctima.

—Señor Bresson, ¿qué ha pasado?

—Oye, no empieces otra vez con el desmayo. Estabas bien despierta.

—¡Dios mío! Todo ha sido un sueño.

—Que te crees tú eso.

—Yo no he sido yo, Alex.

—Anda, dime ahora que estaba besando a una prima hermana tuya.

—Alex, no digas esas cosas. He perdido la cabeza.

—Oh, sí, te di unos cuantos tragos de *whisky*.

—Eso es. No he bebido, claro, pero el efecto ha sido el mismo. Me has mareado y está muy feo marear a una mujer. Dios mío, si Roger lo supiese.

—Ya mandaste al diablo a Roger.

—¿Quien, yo?

—Sí, tú.

—Pero es mi prometido.

—Dejo de serlo.

El caballo de Susan regreso solo.

La joven lo tomo de las riendas.

—Sera mejor que me marche. Estoy confusa.

—Te veré luego.

—No sé.

—He dicho que te veré luego.

La joven monto en la silla y, tras dirigir una mirada a Alex, dijo:

—Lo dicho. Es como si me hubiese bebido media botella de *whisky*.

Luego movió las riendas y se alejo rápidamente de aquel lugar.

Ray se echo a reír.

—Eh, Alex. Esto estuvo bueno.

—¿Qué cosa?

—El que produzcas en ella el efecto de una botella de *whisky*… La tienes loca por tus huesos. Debería sentirme ofendido porque yo creí que era a mí a quien le había echado el ojo. Pero tratándose de ti, todo queda en casa.

—Gracias, eres muy amable.

Ray dio un respingo.

—Caramba, Alex, no había pensado en las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—¿Cuales van a ser? ¿Qué crees tú que hará Roger Burton cuando sepa que le has quitado la novia? ¡Su prometida! ¡La mujer con la que el debe casarse dentro de unas semanas!

Alex sacudió la cabeza.

—Tienes razón.

Fue a por su caballo y monto en el.

Ray lo miro asombrado.

—¿Adónde vas?

—A informarle a Burton de que le he quitado la novia.

Ray se quedo espantado al oír aquello, mientras Alex se alejaba al galope.

—¿Quien de vosotros mato a Jane Broston?

—Yo, señor Burton.

El que había hablado era Ringo Anderson.

Burton le abofeteo en la cara.

—Eres un estúpido, Ringo. Yo no te di esa orden.

—No tuve más remedio que hacerlo, señor Burton.

—¿Por qué?

—Ese forastero, Alex Bresson, estaba con ella. Yo no sabía cuánto podía saber Jane del asunto. Al fin y al cabo, Warner le pudo haber contado la historia. Sólo la mate porque quise evitarle a usted complicaciones.

Su compañero Henry Thulin, sacudió la cabeza.

—Yo aprobé la muerte de Jane, señor Burton. Aunque Ringo fue el que apretó el gatillo. Después de todo, Ringo y yo pensamos que Bresson podría cargar con el segundo asesinato.

Burton se paseo por la estancia, la biblioteca de su rancho.

—Fue lo peor que pudisteis hacer. Estoy seguro de que Jane no sabía nada, y con la muerte de ella conseguisteis una cosa, idiotas. Demostrar que Ray Parquer no pudo matar a John Warner. Tu mataste al agente de Bienes Ratees, Henry. Fue un buen trabajo. Pero ahora lo echasteis a perder. El *marshall* se quedo sin un culpable…

Ringo se miro las botas y luego miro a Burton.

—No pasara nada.

—¿Tú crees?

—Quiero decir que el *marshall* nunca se imaginará que está usted detrás de todo esto.

—Warner podría estar vivo si no hubiese sido tan estúpido. Yo fui el que descubrí el petróleo en las tierras de Luke Reynolds. Yo hice analizar las muestras, pero Warner metió la nariz en el asunto y se entero de que esas tierras, que aparentemente no valen nada, valen mil veces más que su precio normal. ¿Y que quiso hacer Warner? Informar a Reynolds. Eso quiso hacer el muy estúpido, porque él era un hombre honrado. Tuve que sentenciarlo a muerte. Hablare con Reynolds esta misma tarde. Hare ese negocio, porque soy yo quien debe sacar los beneficios de mi descubrimiento. Pero no quiero que nadie entorpezca mis planes.

—Nosotros le estamos ayudando, señor Bresson —dijo Ringo.

—Me satisfizo vuestra actuación en la muerte de Warner, pero ahora lo echasteis a perder matando a Jane Broston.

—Le repito que todo está en orden.

—Eso quisiera yo.

—No debe tener ninguna duda, señor Burton. Además, si tuviese alguna dificultad, sólo tiene que decirlo, nosotros nos ocuparemos de que todo marche como una seda.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Era un criado.

—Señor Burton, un hombre quiere verle. Es un forastero, Alex Bresson.

—¿Que quiere?

—No me lo dijo.

—Que espere cinco minutos.

—Sí, señor Burton.

El criado se retiro.

—¿Que decís ahora, par de idiotas? —exclamo Burton—. Alex Bresson hablo con Jane y ahora está aquí.

—Si sabe algo, lo mataremos.

—No podéis matar sin una razón.

—Estamos de acuerdo con eso.

—Escondeos iras esa cortina.

Los dos asesinos se dirigieron al lugar que Burton les había señalado.

—Se te ven las botas, Henry —dijo Burton.

Las botas desaparecieron.

Llamaron otra vez a la puerta.

—Adelante —dijo Burton.

Alex entro en la estancia.

—Buenos das, señor Burton.

—Buenos das, Bresson… ¿Que le trae por aquí?

—Su novia.

—¿Susan? ¿Ha venido con usted?

—No, ella se quedo en el rancho.

—Entiendo, me trae un mensaje de ella.

—No, el mensaje es mío.

—Acabe de una vez, Bresson. Me tiene desconcertado. —Susan no se va a casar con usted, señor Burton—. ¿Como ha dicho…? ¡No lo repita! ¡Lo he oído bien…! ¿Y por qué no se va a casar Susan conmigo?

—Y a la quiero.

—¿Usted la quiere?

—Eso he dicho.

Burton había enarcado las cejas y ahora estallo en una carcajada.

—Celebro que le haga gracia —comento Alex.

—Sí, señor Bresson. Usted me hace mucha gracia.

Palabra.

—Entonces, ya no hay nada más que decir. Siga riendo.

Alex fue a dar media vuelta para marcharse cuando Burton grito:

—¡Deténgase, Bresson!

Alex se volvió y quedose mirando otra vez a Burton el cual estaba ya muy serio.

—Señor Bresson, espero que haya venido aquí a gastarme una mala broma.

—No es una broma.

—Conque no, ¿eh?

—Le lié hablado muy en serio.

—Entonces, esta chiflado.

—Tampoco.

—¿Quiere decir que ha discutido usted este asunto con Susan?

—Sí.

—Hable, diga sus tonterías.

—Ella me corresponde, señor Burton.

—No.

—Nos vamos a casar.

—¡Susan sólo se casara conmigo! ¡Ya lo tenemos todo dispuesto! ¡Lo oye, Bresson! —Susan usara su vestido de novia para casarse conmigo, no con usted, Burton.

—He conocido tipos con desfachatez, pero usted Los supera a todos.

—He venido aquí para darle explicaciones, porque, como prometido de Susan, se las merece.

—Muy atento.

—Ella nunca lo ha querido, Burton.

—¿Ah, no?

—Y eso es lógico, porque usted no es su tipo.

—¿Y por qué se comprometió a casarse conmigo?

—Porque no tenía otro a mano.

—Señor Bresson, me está hartando.

—Le estoy diciendo la verdad.

Burton cerro los puños.

—Entre yo y Susan nació algo que usted no podría comprender y es difícil de explicar. Sólo lo entendemos ella y yo. Pero lo cierto es que ocurrió así.

—¿Que fue lo que ocurrió exactamente?

—Nos besamos.

Burton apretó los maxilares, pero no dijo nada.

—Sí, señor Burton. Susan y yo nos besamos. Y no fue una vez. Fueron varias.

—¿Cuántas veces?

—Cinco o seis. No lleve la cuenta.

—Voy a suponer que fuesen ocho veces, Bresson.

—Es posible.

—Por cada beso le sacare un litro de sangre.

—Ocho litros serían demasiados. Me moriría.

—Eso es lo que va a pasar. A menos que se marche inmediatamente.

—Me voy en seguida.

—No me refería de mi casa, sino a marcharse de Jasper City, de

la comarca. ¡Y ha de hacerlo en seguida!

—No, Burton, no me voy a marchar.

—Comete el mayor error de su vida si se queda.

—A pesar de su amenaza, me quedare.

Los ojos de Burton se habían convertido en dos rendijas que despedían destellos de furia.

—Se arriesga demasiado, Bresson.

—Estoy acostumbrado. Mi vida ha sido un continuo riesgo y siempre he salido de apuros.

—No saldrá de éste.

—Quizá sí, quizá no.

—Lárguese.

—Sí, señor Burton. Ya me voy. Quise acabar de una vez sus relaciones con Susan. No pude resistir a la idea de que usted la besase otra vez como ayer. Ella me quiere a mí y yo la quiero a ella. Acepte las cosas como están. Usted es un hombre con mucha ambición y estoy seguro que pretendía casarse con Susan para convertirse algún día en el dueño de su rancho.

—¡Basta!

—Hasta la vista.

—Nos veremos pronto.

—Dependerá de usted.

—Desde luego. De eso puede estar seguro, Bresson.

—Sólo quiero hacerle una advertencia, Burton. Soy duro, mucho más duro de lo que pueda ser usted. Quisiera que todo entre nosotros hubiera acabado. Pero si usted insiste en que esto no termine, será cuenta suya. Pero ándese con cuidado.

Alex dio media vuelta y salió de la estancia.

Los dos hombres que estaban escondidos tras las cortinas se dejaron ver.

Burton estaba lleno de ira.

—¿Lo habéis oído?

—Hasta la última palabra —contesto Ringo—. Estuve a punto de sacar el revólver.

—Yo también —asintió Henry.

—¡Pues lo debisteis hacer, estúpidos!

—Pensamos que usted se podría enfadar, como con lo de Jane Broston.

—¡Esto es distinto! ¿Es que no lo habéis oído? ¡Ese forastero me ha quitado la novia!

—¡Todavía no le ha quitado nada! —corrigió Henry.

—Sí. Es verdad.

—¿Y si lo despacháramos, señor Burton?

Roger, que respiraba entrecortadamente desde hacía un rato, empezó a tranquilizarse.

—Sí, Ringo… Me lo despachareis. ¡Quiero que sea cuanto antes!

—Cuente con ello.

—Habrá cien dólares extra para cada uno.

Ringo y Henry se miraron y sonrieron.

Ambos se pusieran en marcha hacia la puerta.

—¡Un momento! —dijo Burton.

Los dos asesinos miraron a su patrón.

—Muchachos, no quiero que se produzca un solo fallo.

—Descuide. No lo habrá —contesto Ringo.

—Quiero que le hagáis muchos agujeros.

—¿Cuantos, señor Burton?

—Ocho serán bastante, si por cada agujero le sale un litro de sangre.

—Serán ocho agujeros —asintió Henry—. Ni uno más ni uno menos, señor Burton. Luego, los dos verdugos salieron de la estancia.

Susan estaba con su abuelo en la biblioteca.

El viejo Mayer jugaba con un ferrocarril de juguete. En cada vagón metía muñequitas.

—Ahí va un convoy cargado de mujeres.

—Abuelito, ¿por qué no pones sacos de harina en los vagones?

—Porque no soy tonto, nieta. Porque no soy tonto.

—¿Es verdad lo que me ha dicho Mercedes?

—¿Que te ha dicho Mercedes?

—Que te quieres casar con ella.

—Eso es una vieja historia. Me quiero casar con nuestra cocinera desde hace años. Pero ella no quiere.

—¿Estas enamorado de Mercedes, abuelo?

—Como un toro.

—Abuelo, ¿por qué dices eso?

—Porque es verdad. ¿No quieres tú a Roger? ¿Por qué no he de

querer *yo* a Mercedes? Susan dio un suspiro.

—No sé si quiero a Roger.

—¿Que no lo sabes?

—Ése es el problema.

—Caramba, yo creí que estabas enamorada de él.

—Eso creí yo también, hasta que…

—Continua.

—No hace falta que siga. No lo comprenderías.

—Hasta que llego Alex Bresson.

—¡Abuelo!

—¿Ves como lo comprendo? —rió Mayer.

—¿Que sabes tú de eso?

—Susan, como ranchero, soy vulgar, pero como conocedor de mujeres, siempre he sido un alumno aventajado.

—Pero ya no se puede arreglar nada. Estoy prometida a Burton. Hasta tengo hecho el vestido de novia.

Llamaron a la puerta y entro Alex.

—Hola, Susan.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a darte una noticia acerca de Burton. Estuve en su rancho hablando con él y le conté lo nuestro.

—¿Que le contaste lo nuestro?

—Sí, todo, desde el principio al fin.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque, dadas las circunstancias, era preferible. Quizá tú no te habrías atrevido. Hay muchas mujeres que se casan estando enamoradas de otro hombre, porque no tienen valor para confesar la verdad. Y pensé que podía ser tu caso y no lo quise consentir.

—¡Alex!

Susan le echo los brazos al cuello y tuvo que saltar para besarle en la boca.

Él la tomo en volandas, aumentando la presión de aquel beso.

—¡Bravo, muchacho!

Era el abuelo Mayer, quien estaba aplaudiendo.

—Oh, perdón, señor Mayer —dijo Alex—. No lo había visto. ¿Qué tal ésta?

—Admirado de tu valor… Demonios, yo creí que era el tipo más resuelto en asuntos de mujeres pero ya veo que tú me ganas.

La joven protesto.

—No lo compares contigo, abuelo. Alex sólo va a querer a una mujer. A mí.

—Te equivocas conmigo, nieta. Yo siempre las he querido de una en una.

—No seas clínico, abuelo. No consentiré que le des malos consejos a Alex.

Cogió a Alex de la mano.

—Vamos a dar un paseo.

Los dos jóvenes salieron de la casa y se encaminaron a la parte trasera, donde había un bosquecillo.

Susan miro a un lado y a otro para cerciorarse de que estaban solos y entonces le echo otra vez los brazos al cuello.

—Bésame, forastero.

—¿Y si te mareas?

—Ésa es la clase de mareo que a mí me gusta.

Alex se echo a reír y la beso en la boca.

Una voz dijo:

—Que aproveche.

Susan se aparto de Alex soltando un gritito.

Vio a dos hombres que conocía de vista.

Eran Ringo Anderson y Henry Thulin, dos individuos con fama de pistoleros y que trabajaban para Roger.

Ringo era rubio, con cejas blancas, y Henry moreno y exhibía una cicatriz sobre la ceja izquierda.

—Muchachos —dijo Alex—. No repartimos entradas para este espectáculo.

Los dos se sonrieron, y Ringo dijo:

—El espectáculo está por empezar.

—Alex —dijo la joven—, ellos no son vaqueros de nuestro rancho.

—Ya lo supuse.

—Son dos matones. Ringo Anderson y Henry Thulin.

Alex sacudió la cabeza.

—Es una suerte encontrarles, compañeros.

—¿Lo cree usted? —repuso Ringo.

—Me dijeron que ustedes fueron los primeros en llegar al callejón en donde estaba el cuerpo sin vida de John Warner.

—Y también llegamos a tiempo para cazar al asesino. Lo pillamos con las manos en la masa.

—No, compañeros. No lo pillaron con las manos en la masa, porque Ray Parquer no mato a John Warner.

—El *marshall* lo creyó —repuso Henry.

—Hasta que yo demostré que estaba equivocado.

—Eso es lo que no nos gusto, que usted se entrometiese por salvar a su amigo. Le dije a Ringo que no podíamos dejar las cosas como estaban. Que usted era el culpable de que el asesino de Warner se hubiese escapado. Fue a lo que vinimos a informarle.

—Muy bien, ya me informaron. Ahora, lárguense.

—Eso es lo que usted quisiera, que nos marcháramos para seguir besuqueando a la novia de Roger Burton. Eso es algo que tampoco debió hacer, forastero.

—¿Alguna otra queja?

—Que es usted demasiado guapo.

—Eso no es cosa de hombres.

Henry se puso muy serio.

—Eso no me gusto nada, Bresson.

—No lo dije para que le gustara.

Susan intervino con voz muy nerviosa:

—Nos hace un buen tiempo, ¿eh? Que maravillosa noche. ¿Por qué no vamos todos a casa a tomar un *whisky*?

—Mi amigo y yo no tomamos alcohol cuando trabajamos, señorita.

—Oh, eso se puede arreglar, les serviré té.

—Ni te tampoco, ni café.

—Bueno, ¿qué les parece si nos comemos un buen asado entre los dos? Ahora mismo mando que nos maten una res y la asaremos todos juntos y nos contaremos cosas.

—Sera mejor que se vuelva de espaldas, señorita.

—Eh, ¿qué va a hacer?

—Mata al besucón.

—Oh, no… Pero si besa la mar de bien.

Ringo se echo a reír.

—El muchacho se la metió en el bolsillo, Henry.

—Sí, ese forastero es de los que no pierden el tiempo.

Alex dio un suspiro.

—Oigan, muchachos, ¿por qué no piensan mejor y rechazan el trabajo que les ordeno su patrón?

—¿Que patrón?

—Para el que trabajan.

Susan grito:

—¡Trabajan para Roger Burton!

Hubo un silencio. Luego Alex dijo:

—Conque Roger Burton.

—No, esto no es cuenta de Robert Burton —replico Ringo—. Ya le dijimos que obramos por nuestra cuenta.

—Ah, sí, a ustedes les dio mucha rabia que yo salvase a mi amigo. Pero no lo creo. Ustedes serían incapaces de hacer algo por nadie si no esperasen cobrar plata por sus esfuerzos. Son un par de tipos deshonestos que se venden al mejor postor, aunque el mejor postor sea a veces un canalla.

Ringo se puso a aplaudir.

—Muy bien, muchacho. Podrías llegar a senador.

—Quizá llegue.

—No, no llegara a nada, Bresson. Vamos a acabar con su carrera de político.

Susan soltó un chillido.

—¡No, no lo hagan! ¡Que no quiero quedarme viuda!

—Viuda, ¿eh? —sonrió Henry—. ¿Lo oíste, Ringo? La chica quiere casarse con el besucón.

—Pues tendrá que seguir besuqueando a un muerto.

—¡No! —exclamo Susan—. ¡Quiero seguir besando a un vivales!

—De eso nada, nena —dijo Ringo.

Alex aparto a Susan.

—Aléjate, Susan.

—No quiero.

—¡Aléjate, he dicho!

La joven retrocedió reflejando en su rostro un gran miedo.

Los dos pistoleros se estiraron y dejaron colgar los brazos a lo largo de sus costados. Alex los observo atentamente. Estaban demasiado cerca, pero ellos no consentirían que la distancia se alargase, porque era su ventaja.

—¡Ya! —dijo Ringo.

Las manos volaron hacia los revólveres.

Se produjo un estruendo ensordecedor.

Susan cerró los ojos mientras de su garganta se escapaba otro largo chillido.

Después se hizo el silencio.

Abrió los párpados y creyó morirse cuando vio a Alex en el suelo. Un poco más allá su dos contendientes, Henry y Ringo, también estaban en tierra.

—¡Alex, no quiero que te mueras! —corrió hacia él.

Alex la miro a los ojos y dijo:

—No me pasa nada, Susan.

—¿Eh?

—Tuve que arrojarme al suelo.

—¡Amor mío!

Se hecho sobre él y sus labios se juntaron.

De pronto, Alex la aparto.

—Eh, que alguno puede estar vivo.

Se levanto y acerco al lugar donde estaban los dos pistoleros.

Henry estaba muerto, pero Ringo vivía.

—Ringo, te queda poca cuerda.

—Vete al infierno.

—Eres tu el que te vas. Henry ya está allí, esperándote. Seguiréis formando una buena pareja, aunque no creo que os permitan muchas cosas. Dime, Ringo, ¿por qué matasteis a Warner?

—¿Quien mato a Warner?

—Uno de vosotros.

Ringo se echo a reír, pero se interrumpió porque a sus labios afloro espuma de color rojizo. Tenía los dos pulmones perforados.

—Ringo, ¿fue todo cosa de Roger Burton?

—Sera el amo del petróleo —dijo Ringo, y se murió.

—¿Que es lo que ha dicho? —pregunto Susan.

—Que Burton será el amo del petróleo.

—¿Que petróleo? En el rancho de Roger no se ha descubierto nunca petróleo.

Algunos hombres corrían hacia allí.

—No digas nada, Susan. Estos hombres han peleado conmigo por lo que ellos mismos dijeron, por ajustarme las cuentas.

—¿Que vas a hacer?

—Llevare los cadáveres al *marshall.*

—¿Y luego?
—Todavía no lo tengo pensado.
—Alex, no quiero que te sigas metiendo en estos líos.
Ray Parquer fue el primero en llegar.
—¡Cielos…! Dos muertos. ¡Y son los tipos que me encontraron en el callejón!
—Sí, Ray. Los que aseguraron que te pillaron con las manos en la masa. Según ellos, estaban enfadados por mi intervención.
—Demonios, parcelan dos pistoleros.
—Lo eran.
—¿Y pudiste con los dos? ¿Por qué no me llamaste?
—Te pillo demasiado lejos.
Los otros vaqueros habían llegado tras de Ray y escucharon la conversación.
Susan no quería dejar solo a Alex y fue el momento que aprovecho para decir:
—Ray, ¿por qué no acompañas a Alex a la ciudad? Quiere entregar los cadáveres al *marshall.*
—De acuerdo, iré con él.
—No te he pedido que me acompañes, Ray.
Parquer le puso una mano en el hombro.
—Oye, Alex, en cuanto doy la vuelta, te metes en líos. ¿Por qué infiernos eres así, hombre? No, no te dejare solo.
Alex se quedo con la boca abierta. Al fin pudo decirle algo:
—Menudo caradura.
Pero Ray ya había echado a correr, mientras gritaba:
—¡Voy a per un carro para cargar la mercancía!
Susan se acerco otra vez a Bresson.
—Alex, mérame a los ojos.
—Ya te estoy mirando.
—Fijamente.
—Eh, nena, estamos en público.
—Prométeme que te limitaras a entregar los cadáveres al *marshall.*
—No te puedo prometer eso.
—Me lo imaginaba. Quieres seguir adelante.
—No tengo más remedio que seguir hasta el final.
—Pero, Alex, ¿no te das cuenta de que te pueden matar?

—Ya oíste a los pistoleros. Tengo la piel muy dura.

—Para las balas no hay ninguna bastante dura.

—Te vas a ir a casa y te vas a acostar. Luego dormirás como un angelito.

—No podré dormir pensando que tú te estás jugando el tipo.

—Anda, vete —dijo él y la beso en la comisura de los labios—. En cuanto regrese, pasare a verte.

La hizo girar y la empujo suavemente hacia la casa.

Susan se alejo como si estuviese sonámbula.

* * *

Pat Harrison soltó una maldición.

—¡Ringo y Henry muertos y fue usted, Alex!

—Se lo he contado todo, *marshall*. No me diga que no me cree.

—Le creo.

—Pues eso es lo que vale.

—Pero es que detrás de estas muertes adivino mucho mas, Alex, y estoy seguro de que usted también lo adivina.

—Perdone, jefe, pero nunca me gane la vida echando las cartas, ni tampoco tuve una bola de cristal.

—¡Basta de bromas, forastero!

Desvió su mirada hacia Ray, que estaba apoyado en la pared, mirándose las uñas de la mano derecha.

—¿Y usted? Siempre se está buscando problemas. Y para colmo, se juntaron. ¿Por qué tuvo que ser en mi pueblo?

—El destino, jefe. El destino.

El *marshall* había sido levantado de la cama y estaba en camiseta. Había sacado una botella de *whisky* de un cajón y de vez en cuando bebía un trago.

—Menuda pareja de enredadores están ustedes hechos.

—Ya se lo dije, jefe —repuso Alex—. Le estoy echando una mano.

Harrison pego un puñetazo en la mesa.

—Y yo le conteste que no necesitaba su colaboración. ¡Me basto yo solo!

—Oh, sí, eso es cierto.

—Pues lo mantengo.

—Está bien, *marshall*.

—Vuelvan al rancho.

—Estaremos un rato en el *saloon*. Ray y yo necesitamos un trago.

El *marshall* miro su botella. Era una indirecta porque no les había invitado.

—Lárguense, buscarruidos.

Alex y Ray le hicieron un saludo con la mano y salieron de la comisarla.

—¿Por qué no nos vamos al rancho, Alex? —dijo Ray.

—Vete tú, yo me quedo.

—¿Y por qué has de quedarte?

—Tengo que pensar.

—¿Sólo pensar?

—Sí, eso he dicho.

—Tú no me la pegas. Tramas algo, de modo que me quedare contigo.

* * *

Roger Burton estaba escuchando a Rex Harris, un vaquero del rancho de Mayer.

—Como se lo digo, señor Burton. Alex Bresson se merendó a sus pistoleros de un solo bocado.

—Es para no creerlo.

—Pues créalo, porque yo les vi los agujeros y por ellos se les escapo la vida.

—¿Qué clase de tipo es ese Alex Bresson?

—Se lo diré. Un hombre que le pega a todo y especialmente a las mujeres. Embauco a su prometida, señor Burton.

Una vena se hincho en la sien de Burton.

—¿Que sabes de eso?

—Demasiado.

—Habla.

—Cuando sus dos pistoleros atraparon a Alex, el estaba dando un concierto de manos. —¿Un concierto de manos?

—Sí, con su prometida, señor Burton.

—¡Maldito seas, Rex! ¡No te consiento eso!

—Oiga, señor Burton, no es a mí a quien no debe permitir el concierto, sino a Alex Bresson. Yo en esta orquesta no toco ningún instrumento. Qué más quisiera yo, porque su chica ésta como

para…

—¡Silencio, Rex!

—Como usted quiera.

Burton se paseo por la estancia.

—¿Y dices que Alex y Ray fueron a la ciudad?

—Sí, fueron a Jasper City para entregar los cadáveres. Pero yo les saque mucha ventaja. Cabalgue hacia aquí a toda velocidad. Temí reventar el caballo.

—Hiciste un buen trabajo, Alex.

—¿Me lo va a premiar?

—Desde luego.

Le pago diez dólares.

—Oiga, esto es una miseria.

Burton agrego otros diez y el traidor quedo mas conforme.

Burton se quedo un rato pensativo y por fin dijo:

—Alex Bresson ya ha dejado de jugármela.

—¿Esta seguro?

—Estoy seguro, Rex.

—¿Qué piensa hacer?

—Pondré toda la carne en el asador, Alex y ese amigo suyo están en la ciudad. No puedo consentir que salgan de ella vivos.

—Me parece una buena idea, porque, si Alex Bresson sale de allí vivo, usted se queda sin novia como yo me quede sin abuela.

—¿Señor Reynolds?

El ranchero Luke Reynolds, que estaba jugando una partida de póquer en una mesa, al fondo del *saloon*, alzo la mirada.

—Sí, soy yo Reynolds.

—Mi nombre es Alex Bresson.

—El forastero que la está armando.

—El mismo. Quisiera hablar jugando con usted, señor Reynolds.

—Ahora no puedo, estoy jugando con mis amigos.

—Valdrá la pena que suspenda el juego durante unos minutos.

Reynolds se excuso ante sus compañeros y fue con Alex hacia otra mesa, en donde estaba sentado Ray.

El empleado chato le había dicho a Alex quien era Reynolds y por eso se había acercado a la mesa de juego.

Alex hizo la presentación de su amigo.

—Señor Reynolds —dijo a continuación—. Usted decidió vender

una parte de su rancho y confió esa venta al agente de Bienes Raíces, John Warner.

—Está bien informado.

—Él buscó un comprador.

—Sí.

—Roger Burton.

—Hasta ahora no me ha dicho nada nuevo. A Warner lo mataron pero, esta misma tarde, Burton y yo hemos sostenido una conversación.

—¿Llegaron a un acuerdo?

—No fue definitivo.

—Menos mal.

—Pero lo será mañana. No hicimos la compraventa porque mi hermano está ausente y es necesaria su firma. Pero acordamos reunimos mañana a las once en mi rancho.

—No debe vender, señor Reynolds.

—¿Por qué no? El precio de Burton es el que yo pedí.

—Hábleme de esos terrenos.

—Es tierra desértica. No sirve para nada, ni para pastos, ni para cultivar. Allí sólo hay lagartos.

—¿Y por qué compra Burton tierra que no tiene ningún valor?

—Es la mar de sencillo. Esos terrenos limitan al Oeste con su rancho.

—¿Y qué?

—Es una ventaja para el tener más extensión. Algunas reses se extravían y echan a correr por unos desfiladeros que dan acceso a la zona que yo tengo en venta.

—No me parece un motivo justificado para que Burton realice una inversión. ¿Cuál es el precio de compra?

—Cinco mil dólares.

—Señor Reynolds, ¿qué pensaría si yo le dijera que en ese terreno que vende hay petróleo?

Reynolds enarco las cejas y quedose mirando a Alex.

—Lo que diría le sentaría muy mal, señor Bresson.

—Dígalo, sin embargo.

—Pensaría que está loco.

—¿Hizo examinar alguna vez sus tierras?

—No.

—Claro, sólo hay lagartos.

—Pensé que no valdría la pena gastar dinero para hacer una exploración.

—Suponga que Burton hizo ese examen de la tierra y que descubrió que allí hay petróleo.

—Tonterías.

—Suponga que John Warner, el agente de Bienes Ratees…

—Cuidado, señor Bresson, John Warner era un hombre honrado. Sólo tenía un defecto, el que tenemos casi todos. Le gustaban las mujeres.

—No dudo que Warner fuese honrado. Por eso murió.

—¿Que quiere decir?

—Quizá Warner descubrió el juego que Burton se llevaba entre manos y quiso informarle a usted. Con ello se gano una sentencia de muerte.

Reynolds guardo silencio, mientras se pellizcaba una oreja.

—Es absurdo, Reynolds.

—¿Por qué es absurdo?

—Me resisto a creer que Burton hiciese una cosa como ésa.

—Burton está lleno de ambición, señor Reynolds, y cualquier hombre estaría dispuesto a hacer un buen negocio, especialmente de esta índole. Si yo estoy en lo cierto, Burton pagana cinco mil dólares por unas tierras que podrían valer un millón o más.

El rostro de Reynolds empalideció.

—No se… No se… —dudaba todavía.

—Hay otra prueba y es definitiva.

—¿Cual?

—Tuve que matar a dos pistoleros, Henry Thulin y Ringo Anderson.

—Me lo han dicho.

—Ellos trabajaban para Burton. Fueron los que quitaron de en medio a Warner, y más tarde a Jane Broston. Supusieron que ella podía haber sido informada por el agente de Bienes Raíces. Y yo estaba con Jane, interrogándola…

Reynolds ya no parecía estar tan seguro de sus convicciones con respeto a Burton.

Cuatro hombres entraron en el local.

Ray fue el primero en verlos y dio un respingo.

—Eh, Alex…

—¿Qué pasa?

—Sepultureros a la vista.

Alex miro a los cuatro hombres. Efectivamente, su aspecto no era el mejor. Estaban cubiertos de polvo, las barbas crecidas.

—Son viajeros…

—Ni tú mismo lo crees. Ésos vienen por nosotros. Se me ocurre una cosa, Alex.

—¿Cual?

—Salgarnos por la puerta trasera antes de que se les ocurra decir que no les gusta mi cara, porque la tengo todavía hinchada.

—No, hombre. No lo dirán.

Los cuatro hombres miraron hacia la mesa y continuaron su camino al mostrador.

—¿Lo ves, Ray? No tienen nada que ver con nosotros.

—Pues me alegro mucho de haberme equivocado.

Reynolds carraspee.

—Señor Bresson, voy a tener en cuenta sus palabras.

—Lo celebro.

—No ultimare mañana la operación con Burton. Ordenare un examen de las tierras que voy a vender.

—Una medida muy prudente.

—Caramba —exclamo Reynolds mirando a la puerta—. Aquí tenemos al hombre del que estamos hablando.

Alex miro también hacia la puerta de entrada y vio a Roger Burton, pero no estaba solo. Le acompañaba un hombre más alto que el.

—¿Quien es el otro, señor Reynolds?

—El capataz de Burton, Monty Nelson.

Burton ya estaba andando hacia aquella mesa en compañía de su capataz.

—Buenas noches.

—Hola, Roger —le saludo Reynolds.

Alex y Ray no abrieron la boca.

Burton sonrió mientras atraía una silla para sentarse. Su capataz continúo de pie.

—Me alegro de verte, Roger —dijo Reynolds—. Quiero hablarte de nuestro negocio.

—Perdona, Reynolds, pero no he venido aquí para eso. Acordamos que mañana formalizaremos la venta.

—Es que no la vamos a formalizar.

—¿Eh?

—Veras, Roger, he decidido suspender esa operación. No me trae cuenta.

—¿Por qué no te trae cuenta?

—No necesito tanto el dinero y mi hermano me hizo recordar que desgajar el rancho es ir contra el testamento de nuestro padre. Nos dijo que conservásemos lo que él nos dejaba.

—Muy sentimental.

—Me alegro que no lo entiendas.

—No, no lo entiendo, Reynolds, y te voy a decir algo más. Creo que me éstas mintiendo.

—¡Roger!

—SÍ, lo que oyes. Éstas mintiendo pero yo sé por qué. Has hablado con ese forastero, con Alex Bresson y Ray Parquer. ¿Qué fue lo que te dijeron, Reynolds?

—Nada.

—Mientes otra vez.

—No te consiento…

—Tienes que consentírmelo, Reynolds. Acordamos llevar a cabo esa compraventa y no te puedes echar atrás.

—No firmamos nada.

—Pero un hombre debe mantener su palabra.

Alex intervino:

—¿Por qué tiene tanto interés en esa compra, Burton?

—No es asunto suyo.

—¿Quizá porque descubrió petróleo?

—¿Qué cosa ha dicho?

—Petróleo.

Burton clavo los ojos en los de Alex y rió.

—¿Has oído esa tontería, Reynolds? Petróleo en esa tierra de porquería. Es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

—¿Entonces por qué quiere comprar? —dijo Alex.

—Aunque le he dicho que no es asunto suyo, le contestare.

—Le escucho.

—Necesito esas tierras para asegurarme contra la perdida de

reses. Docenas y docenas de ellas se pierden por los desfiladeros que conducen a la zona desértica de Reynolds.

—Esa razón ya la he oído. Me la ha dicho el señor Reynolds.

—No hay otra.

—Si en esas tierras hubiese petróleo, quedaría demostrado que usted ordeno la muerte de John Warner y también sería responsable del asesinato de Jane Broston.

Burton guardo silencio durante unos instantes. Luego se levanto y señaló a Alex con el dedo extendido.

—Bresson, usted me odia… Se enamoro de mi chica y ha querido barrerme.

—Si quiero barrerlo, es por las cosas que usted hizo, no porque fuese el prometido de Susan.

—Voy a hablar con el *marshall*. Le exigiré que lo de tenga usted.

—Tendrá que darle un motivo.

—Tengo muchos.

—¿Cuáles?

—No se los diré a usted. El *marshall* le informara. Vamos, Monty.

El ranchero echo a andar y el capataz fue con él. Antes de llegar a la puerta, Burton dirigió una mirada al mostrador y salió en seguida.

Ray trago saliva.

—¿Ha visto eso, Alex…? Burton miro a los sepultureros. Estoy seguro.

Uno de los hombres a los que Ray se refería hablo desde el mostrador.

—Eh chico, el del ojo hinchado.

—¿Se refiere a mí?

—No hay otro con el ojo hinchado en este *saloon.*

—¿Que quiere?

—No me gusta tu cara.

Ray gimió:

—¿Lo ves, Alex? No le gusta mi cara. Te advertí que no les gustaría… Oiga, amigo, no soy siempre así, quiero decir que, antes de pegarme, tenía una cara muy bien hecha. Las chicas me lo decían. Sí, señor, me decían que yo era muy guapo.

El hombre que había hablado se echo a reír.

—¿Oísteis, chicos? Aquí tenemos al guapo de Texas. Se le ve un

tipo valiente y además es simpático.

—Sobre todo simpático —asintió el pelirrojo—. Se me ocurre una idea. Que cante. Apuesto a que tiene una buena voz.

Ray dijo por lo bajo:

—Alex, ya se va a armar.

—¿Ha oído, Ojo Hinchado? —dijo el llamado Sam—. Vas a cantar.

—Es que tengo muy mala voz.

—Eso lo decidiremos nosotros. Pero vas a cantar.

—Sí, señor.

Ray se puso en pie.

—Siéntate, Ray —dijo Alex.

—¿Por qué?

—No quiero que cantes.

—Hombre, es que los muchachos también tienen deseos de divertirse un poco.

Sam se puso a aplaudir.

—Ésa es una buena respuesta, Ojo Hinchado. Anda, canta para que te oigamos.

—Allá va, señor.

Ray aspiro profundamente y se puso a cantar.

—«Cuatro hombres entraron en un *saloon*. Los cuatro eran bastardos. Los cuatro eran hijos de perra».

—¡Basta! —grito Sam.

Ray se interrumpió.

—Ya les advertí que no les gustaría mi voz.

—No es tu vez lo que no nos gusta, sino lo que cantas.

—Era una canción muy bonita. ¿Por qué se quejan?

El pelirrojo pego con el codo a Sam.

—Hablo de cuatro bastardos y nosotros somos cuatro.

—Y también nos llamo hijos de perra. ¿Por qué no canta el tipo que está a su lado?

Se refería a Alex.

Sam lo señaló con el dedo.

—Eh, tú, pies pianos.

—No tengo los pies planos.

—Los tengas o no los tengas, quiero que cantes.

—De eso nada, bocazas.

—Entonces, bailaras.

—Eso me gusta más.

—Bailaras un vals.

Alex se levanto.

Reynolds, el ranchero, estaba asustado, encogida la cabeza entre los dos hombros, como una tortuga a la que amenazasen.

Alex carraspeo.

—Bailare, pero necesito una orquesta. Ustedes cuatro serán los músicos.

El pelirrojo se echo a reír.

—No hay inconveniente, ¿verdad, Sam?

—No lo hay porque hemos traído los instrumentos —contesto Sam y se golpeo la culata del revólver.

Otro de los fulanos rió también.

—Son los mejores instrumentos para acompañar este baile.

—Ray —dijo Alex—. Tendrás que sacar.

—Lo hare.

—¿Como estas de puntería?

—No lo hago del todo mal. A veces le he acertado a una lata a quince pasos.

—¿Y cuántas balas desperdiciaste antes de tocar la lata?

—Dos o tres.

—Eh, ustedes, ¿de que hablan? —grito Sam.

—Del baile. Sólo del baile —contesto Alex—. Mi amigo quiere acompañarme.

—Pues a bailar los dos.

Sam y sus compañeros tiraron del revólver.

Reynolds pego un chillido y se arrojo debajo de la mesa.

El *saloon* de Gibbons se convirtió en una sartén de aceite hirviendo.

Alex disparo ayudándose con la otra mano para que el cilindro corriera más aprisa.

Ray también hacia fuego, pero había cambiado de sitio dando un gran salto, alejándose hacia la puerta.

Todo empezó y acabo en unos segundos.

Los cuatro instrumentistas que querían acompañar el vals estaban desparramados ante el mostrador, en posiciones grotescas.

Alex se acerco a ellos, todavía con el dedo en el gatillo, por si

tenía que disparar. Pero ya no era necesario.

Sam y sus tres compinches estaban muertos y yacían en un gran charco de sangre.

Alex dio un suspiro y se volvió hacia Ray.

—Eres mejor de lo que decías, muchacho.

A Ray le flaquearon las piernas.

—Nunca lo pude imaginar.

—Tumbaste a uno. Los otros tres fueron cuenta mía.

—Acabo de nacer, Alex. Ponme un nombre.

—Ray. ¿Te parece bien?

—Trato hecho.

Alex sonrió mientras reponía la munición de su revólver. Luego se dirigió hacia la calle. —¿Adónde vas?— inquirió Ray.

—En busca de Burton.

—¿No crees que ya tuvimos bastante plomo por esta noche?

—He de acabar de una vez por todas con esta situación.

—Está bien. Iré contigo.

—No, esta vez, no.

—¿Por qué no?

—Burton y yo no podemos vivir en el mismo pueblo. Se ha empeñado en matarme, y da la casualidad de que yo quiero vivir.

Alex salió del *saloon.*

La calle estaba silenciosa, tan sólo iluminada a jirones por la luz que salía de algunas ventanas.

Metió el revólver en la funda y echo a andar hacia la comisarla.

No encontró a nadie en su camino.

Llegado a la oficina del *marshall*, llamo a la puerta con los nudillos.

—¿Quién es?

—Alex Bresson.

—Puede entrar.

Alex abrió la puerta con precauciones, la mano en la culata del revólver.

El *marshall* estaba solo, sentado ante la mesa.

Alex entro en la oficina y cerro con el pie.

—¿Donde está Burton?

—Se fue hace unos instantes.

—¿Adónde?

—No me lo dijo.
—¿Que vino a decirle?
—Sólo quiso saludarme.
—¿Nada mas?
—Sólo eso.
—¿No se quejo de mí?
—No.
—Bueno, es lógico que no lo hiciese. Según él, estaba muy seguro de que me iban a despachar en el *saloon*. A propósito, *marshall*, se produjeron muchos disparos y usted se quedo aquí.
—No estaba visible.
Alex noto que la voz del *marshall* se había hecho débil y también vio que los ojos de Pat Harrison miraban hacia el corredor.
Desenfundo como una centella a tiempo, porque el capataz de Burton apareció con el «Colt» en la mano.
Alex disparo antes.
El capataz golpeo contra la esquina del corredor su cabeza.
Todavía tenía el revólver levantado y Alex disparo por segunda vez.
El capataz había recibido el primer plomo en el pecho y el segundo se le enterró muy cerca.
Fue bastante para que se desplomase.
—Salga, Burton —dijo Alex.
No le contesto nadie.
El *marshall* sudaba en la silla, pasándose un pañuelo por la cara.
—Lo siento, Bresson, pero el capataz me estaba amenazando desde el corredor. Me apuntaba a mí, lo vio llegar por la acera de tablones y se escondió. Me amenazo con levantarme la tapa de los sesos si lo descubría.
—Tranquilícese, ¿y Burton?
—Entro con él, pero debe haberse marchado.
—Es un canalla.
—Ya no tengo ninguna duda, Bresson.
—Acabare con él, y no me diga que es asunto suyo.
—No, Alex, no se lo voy a decir. Tal como están las cosas, sólo usted puede acabar con Burton.
—Gracias por delegar en mí.
—Tenga cuidado, es un lobo. No le dará la cara. Tratara de

meterle un plomo por la espalda.

—Tampoco yo tengo la menor duda acerca de eso. ¿Se marcho por la puerta trasera?

—Seguro.

—Hare el mismo camino que el. Hasta luego, *marshall.*

Alex pasó por encima del cadáver del capataz y se interno por el corredor.

Cruzo una cocina y bajo por una escalera a un patio que estaba sumido en la oscuridad. Se movía sigilosamente, con el revólver en la mano, listo para hacer fuego en cualquier momento.

Una puerta al fondo golpeo empujada por el aire.

—Burton —dijo—, ¿por qué no ventilamos esto de hombre a hombre?

No le llego respuesta.

Empujo la puerta con la bota y cayó a la otra parte en cuclillas.

Sin embargo, tampoco esta vez dispararon contra él.

El callejón estaba desierto o al menos a él se lo parecía.

Pero Burton podía estar en cualquier parte escondido, a la espera de poder disparar sin arriesgar nada.

Echo a andar por el callejón.

De pronto algo se movió a su izquierda. No llego a disparar porque descubrió dos ojos fosforescentes.

—A tu casa, minino.

Burton estaba en la calle principal, detrás de un barril, a sólo seis pasos del callejón de la comisaría.

Oyó las palabras de Alex dirigidas al gato y sonrió.

Alex Bresson acabaría por aparecer por la esquina y entonces acabaría con el llenándole de plomo.

Alex Bresson vio como el gato echaba a correr.

Entonces reanudo su camino hacia la calle principal.

Se detuvo un instante y miro hacia el techo de la casa, junto a la que se deslizaba.

Si Burton se había escondido en el techo, podía matarle impunemente.

Espero un rato, a la escucha de algún ruido procedente de la parte superior.

Finalmente, decidió que Burton no estaba allí y continúo aproximándose a la esquina. Algo crujió en la acera de tablones.

—Burton, ¿está ahí?

No le respondieron.

—Burton, tengo una solución para usted. Que se entregue. Quizá se libre de la horca. Sera cuestión de su abogado… Para usted será bueno una condena a perpetuidad a cambio de lo que hizo.

Nadie le contesto.

Se quito la chaqueta y la aproximo a la esquina.

En un momento determinado, la asomo.

Tres plomos agujerearon la chaqueta.

Luego, Alex se dejo caer en el suelo y rodo hacia la otra parte.

Disparo una y otra vez al quedar de bruces. Sobre Burton.

Vio la cara del ranchero a la luz de los fogonazos. Estaba sonriendo porque para él, la chaqueta y el cuerpo humano que hablan brotado del callejón formaban un todo.

Empezó a tambalearse, mientras recibía los plomos que le mandaba Bresson.

El revólver le resbalo de los dedos.

Alex dejo de disparar cuando vio que su enemigo estaba herido de muerte e inofensivo.

Se levanto.

Burton había buscado la ayuda de la pared.

Su pecho era una gran charca de sangre que le brotaba de cuatro agujeros.

—Usted lo quiso, Burton —dijo Alex.

Burton lo miro.

—¡Maldito! Los litros de sangre tenían que haber salido de ocho agujeros.

—A veces nos equivocamos.

—Me lo quito todo… ¡Todo!

—Nada se merecía. Se iba a casar con Susan sin amor. Y llego a matar por tener más dinero y más poder.

—¿Que vale el mundo sin eso?

Fue su última frase porque luego puso los ojos en blanco y se desplomo.

Ray llego corriendo por la escalera de tablones y se detuvo ante el cadáver de Burton.

—Demonios, Alex, ¿cuándo vas a dejar de meterte en líos?

* * *

—¡Viva los novios! —grito Parquer.

Los recién casados salieron de la iglesia.

Se detuvieron para besarse en la boca.

De pronto se oyó una cabalgada.

El *marshall* vio al jinete y dijo:

—¡Por todos los infiernos…! ¡Es otro forastero!

El jinete tiro de las riendas y se quedo asombrado viendo a los novios.

—Alex, ¿eres tú?

—Sí, Frank, soy yo.

—Quedamos en que me esperarías en este pueblo. ¿Qué demonios ha pasado para que te enganchen?

—Cuéntaselo tú, Ray.

Parquer puso los brazos en jarras y dijo:

—Es la mar de sencillo, Frank. Si conoces a Alex como yo, sabrás lo que hace en cada pueblo adonde llega… ¡Que siempre se mete en apuros!

Alex soltó la gran carcajada y luego beso los labios de Susan, su mujer.

FIN